



Universidad de la República, Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

***Procesos de identificación y pertenencia en torno a la Casa
Cultural Ciudad Vieja: una mirada desde la psicología comunitaria***

Modalidad:

Producción de conocimiento empírico: sistematización de experiencias de
Extensión y Actividades en el Medio

Carolina Olivera Villafañe, CI: 4.968.903-1

Tutora: Cecilia Blezio Ducret

Revisora: Lucía Pierri Aguerre

abril de 2025, Montevideo, Uruguay

Índice

1. Resumen	3
2. Introducción	4
3. Metodología de trabajo: ¿por qué una sistematización?	4
4. Las casas culturales: un análisis de su presencia y función en diversas regiones	7
5. Bordeando las casas culturales en Uruguay	8
6. Contextualización del trabajo en la Casa Cultural Ciudad Vieja	10
6.1. Práctica Casa Cultural Ciudad Vieja (2023): breve descripción de actividades	11
6.1.1. Taller: “La casa nos atrapa”	11
6.1.2. La Casa Cultural puertas afuera: propuesta de difusión hacia el barrio	13
6.1.3. Relatos y propuesta página web	13
6.2. Mi experiencia dentro de la Práctica Casa Cultural Ciudad Vieja	14
6.3. Síntesis de la Práctica Casa Cultural Ciudad Vieja (2023)	16
7. ¿Cómo es un día hoy en la Casa Cultural Ciudad Vieja?	18
7.1. La organización del día: trabajo, cuidado y comunidad	18
7.2. Los talleres: el encuentro con los otros	18
7.3. Un espacio cuidado, alegre y transformador	19
7.4. Crear y compartir sueños	20
7.5. La potencia de lo cotidiano	20
8. La Casa Cultural como dispositivo comunitario: subjetividad, vínculos y bienestar en territorio	20
8.1. Contexto barrial: Ciudad Vieja y su historia	20
8.2. Dispositivo de socialización y pertenencia	23
8.3. Dispositivo de expresión emocional y creatividad	23
8.4. Dispositivo de resiliencia comunitaria e inclusión social	24
8.5. Dispositivo de identidad social y construcción colectiva	25
8.6. Dispositivo de promoción del bienestar psicológico	25
9. La identificación en clave comunitaria: experiencias desde la Casa Cultural Ciudad Vieja	27
9.1. Voces de la Casa: relatos que construyen pertenencia	29
9.2. La Casa Cultural como espacio de identificación	31
9.3. Identificación y fortalecimiento del tejido social	32
9.4. Implicaciones para la formación en psicología	32

10. Sentido de pertenencia y psicología comunitaria: vínculos significativos desde la Casa Cultural Ciudad Vieja	34
10.1. La Casa Cultural como espacio de anclaje identitario	35
10.2. La pertenencia como construcción colectiva	36
10.3. Subjetividad, vínculo y formación	36
11. Reflexiones finales	39
12. Referencias bibliográficas	40
13. Anexo	43

1. Resumen

El presente trabajo tiene como objeto principal la sistematización de experiencias y Actividades de Extensión en el Contexto de la Casa Cultural Ciudad Vieja, centrándose en su papel en la construcción y fortalecimiento del sentido de pertenencia y las identificaciones de los participantes de la comunidad del barrio. Considerando las intervenciones llevadas a cabo en este espacio, pretendemos describir y analizar el lazo social, las dinámicas colectivas y los procesos de integración comunitaria que ocurren alrededor de este lugar.

Elaborar la tesis también incluye la recolección y sistematización de las actividades y experiencias de los programas de la Casa Cultural, explorando la percepción de estas actividades en la vida social y cultural de su comunidad. Esta sistematización permite visualizar las contribuciones de este espacio, que está especializado en el encuentro y el intercambio de ideas desde perspectivas críticas en sus prácticas y resultados.

Palabras clave: Casa Cultural Ciudad Vieja, comunidad barrial, sentido de pertenencia, identidad colectiva, sistematización de experiencias

2. Introducción

La Casa de la Cultura en Ciudad Vieja tiene como objetivo favorecer el contacto entre los vecinos del barrio y reforzar las relaciones sociales locales para impulsar la integración comunitaria de manera significativa, ya que como ellos se definen, “La Casa Cultural Ciudad Vieja es una Asociación civil sin fines de lucro, que tiene como principal objetivo ser un espacio de encuentro para todas las personas que quieran participar de la misma. Ofrece diversas actividades, entre ellas se encuentran los talleres de candombe, coro, pilates, yoga, danza árabe, bachata, salsa, entre otros. Además, la Casa Cultural Ciudad Vieja es un espacio de escucha y de apoyo para el barrio, abre sus puertas para quienes necesiten hacer uso de la misma y quienes deseen realizar actividades culturales y sociales” (Casa Cultural Ciudad Vieja, s. f.).

Este proyecto se fundamentará en las opiniones y vivencias de los residentes del área para realizar un análisis exhaustivo tanto cuantitativo como cualitativo que respalde la expresión del cambio que se gestiona dentro de una comunidad.

Mediante la valoración de las contribuciones que emanan de la propia comunidad y se incorporan en las propuestas de la Casa Cultural, se pretende instaurar prácticas colectivas que promuevan el trabajo conjunto y el enriquecimiento cultural. Esta metodología crea un sentido de identidad y arraigo entre los participantes, siendo crucial para afianzar los lazos comunitarios. El fortalecimiento de la comunidad resultará fundamental en entornos urbanos, gracias a la adaptación de las dinámicas sociales y las estrategias implementadas para participar activamente en el cambio.

Los ajustes promovidos desde la Casa Cultural buscan revitalizar las zonas del vecindario que han sido impactadas por fenómenos de deterioro, colaborando en cambiar esta situación y fomentando un sentimiento de arraigo en los residentes locales.

3. Metodología de trabajo: ¿por qué una sistematización?

La forma en que se eligió la metodología en este trabajo no fue algo técnico ni automático. Surgió de una necesidad real: la de poder mirar la realidad desde distintos lugares, entendiendo que lo que pasa no puede analizarse sin tener en cuenta el contexto y todo lo que lo atraviesa. Porque el conocimiento no cae del cielo. Se construye en lugares concretos, atravesados por la historia, la cultura, lo social y también por nuestras propias vivencias. Por eso, pensar la investigación como algo “neutral” o separado de lo humano no tiene sentido. Las personas que investigan, al igual que quienes participan del proceso, trae

consigo experiencias, saberes y miradas que enriquecen profundamente lo que se puede conocer.

En ese camino, la idea de “conocimiento situado” se vuelve clave. Donna Haraway (1995), filósofa feminista, cuestiona las formas tradicionales de hacer ciencia, plantea que no hay tal cosa como una mirada completamente objetiva. Plantea que miramos desde un lugar: desde nuestro cuerpo, desde lo que vivimos, desde el lenguaje que usamos y desde las relaciones de poder que nos atraviesan. Implica hacernos responsables de nuestra mirada. Saber desde dónde hablamos, qué elegimos ver y cómo eso puede afectar tanto lo que investigamos como a quienes forman parte del proceso.

Este enfoque cobra aún más sentido dentro de la psicología, donde no se trata de datos aislados, sino de historias cargadas de sentido, de emociones, de vínculos. Incorporar la propia experiencia de quien investiga, así como los saberes de las personas que viven esa realidad, no solo enriquece el trabajo, sino que también lo vuelve más ético, más humano y más comprometido. Lo que se busca no es una verdad universal ni descontextualizada. Al contrario, lo que se intenta construir es un conocimiento que tenga sentido para quienes lo viven, que surja del diálogo, del encuentro, de la escucha real. Cuando eso sucede, los hallazgos no solo son más profundos, sino también más verdaderos.

Desde esta mirada, la metodología no es una receta para aplicar, sino una manera de estar y posicionarse en el mundo. Reconocer que todo conocimiento es parcial no lo hace menos válido; al contrario, lo vuelve más honesto y abre espacio para otras voces, otras formas de entender. Como dice Haraway: “la objetividad feminista significa simplemente conocimiento situado” (1995, p. 313). Y en esa línea, este trabajo no busca solo describir un fenómeno, sino construir una mirada crítica, empática y comprometida con la realidad que lo atraviesa.

En este proceso, la sistematización de experiencias ocupa un lugar fundamental. Es la herramienta que permite convertir vivencias –tanto individuales como colectivas– en algo más: en conocimiento compartido. Y no se trata solo de registrar lo que pasó, sino de poder pensar cómo eso que se vivió puede repetirse, adaptarse, transformarse según las necesidades y los cambios del barrio. De algún modo, es una forma de tender un puente entre lo que se hace y lo que se aprende, entre la práctica y la teoría, en una especie de ida y vuelta constante.

Carlos Jara lo expresa claramente al decir que: “La sistematización de experiencias, en sí, no es un proyecto de transformación social, pero se adscribe a los proyectos de trabajo, de acción y reflexión crítica y transformadora como un aporte particular que es producido por las propias personas que son protagonistas de la acción y, en ese sentido, es un factor para su empoderamiento” (Jara, 2015, p. 35).

Tomar una metodología sistemática ayuda a dimensionar el verdadero impacto de lo que se hace. Permite ver cuánto y cómo participan los y las vecinas, qué tan efectivas son las iniciativas para construir redes de apoyo o fortalecer los lazos comunitarios. Porque lo que pasa en una comunidad no son hechos sueltos sino procesos que se cruzan, se afectan entre sí y generan transformaciones. Este enfoque permite una evaluación constante, que se ajusta, acompaña y mejora en función de lo que va surgiendo.

La sistematización no se construye desde un solo lugar, sino que se alimenta de múltiples fuentes. Por un lado, está mi experiencia directa en el barrio: los talleres, las reuniones, los momentos compartidos dentro de la práctica “Casa Cultural Ciudad Vieja” en el 2023 a cargo de la profesora Cecilia Blezio. Por otro lado, están los datos que brindan la institución y sus integrantes, con toda la riqueza que eso aporta sobre cómo funciona la Casa Cultural Ciudad Vieja y qué lugar ocupa en la vida de la comunidad. En ese sentido, mi rol como practicante-observadora dentro de la Casa fue clave. Se trataba de presenciar, grabar y contemplar dentro del contexto de la práctica lo que ocurrió. Esta tarea me permitió observar y comprender la profunda influencia y los efectos prácticos en la rutina de la comunidad local.

Este rol de “practicante-observadora” no fue, sin embargo, un lugar neutral ni externo. Como plantea la psicología comunitaria latinoamericana, toda práctica situada en territorio implica una posición ética, política y afectiva en relación con el otro. En este sentido, el concepto de implicación permite dar cuenta de cómo nuestras experiencias personales, trayectorias y emociones atraviesan el proceso de conocer, intervenir y sistematizar.

La implicación, tal como lo desarrolla Maritza Montero (2004), no puede pensarse como un sesgo a evitar, sino como una dimensión constitutiva del quehacer comunitario. El compromiso no es una opción adicional, sino parte del proceso mismo de producción de sentido. En palabras de la autora, el trabajo comunitario requiere del psicólogo/a una “actitud de coparticipación con la comunidad”, desde un lugar de horizontalidad, reconocimiento mutuo y reflexividad. No se trata solo de observar, sino de involucrarse con lo que allí acontece, dejando que esa realidad nos afecte y nos convoque. Martín-Baró (1996), refiriéndose al trabajo psicológico en contextos de exclusión, advierte que no puede sostenerse desde una supuesta objetividad neutral, ya que eso implicaría reproducir el mismo orden de desigualdad que se intenta transformar. Para este autor, no es posible comprender ni transformar la realidad del pueblo si el profesional no se implica desde una perspectiva ética de compromiso y escucha activa. La implicación, entonces, no es solo estar presente, sino dejarse transformar en el hacer con otros. Desde esta perspectiva, mi participación en el proceso de sistematización no fue únicamente técnica ni metodológica. Fue también una experiencia profundamente formativa y transformadora, donde lo que

aprendí no surgió solo de los libros o de los marcos teóricos, sino del contacto vivo con las personas, los vínculos, los relatos y las emociones que circulaban en la Casa Cultural. Implicarme significó reconocer que yo también formaba parte del entramado comunitario, que mis afectos, preguntas y silencios eran parte del proceso.

Esta vivencia me permitió repensar el rol del psicólogo comunitario, no como un experto externo que interviene desde el saber, sino como alguien que se posiciona en diálogo con los otros, en una práctica situada, encarnada y compartida. La implicación me llevó a revisar mis propias certezas, a sostener tensiones, a ejercer una escucha más sensible y, sobre todo, a entender que no se trata de aplicar herramientas, sino de construirlas colectivamente en el hacer cotidiano.

Por todo esto, el enfoque metodológico elegido –la sistematización de experiencias– no solo se justifica por su valor técnico, sino porque se alinea éticamente con una forma de hacer psicología comprometida con los procesos reales de la comunidad. Esta metodología me permitió reconocer que el conocimiento no se genera desde la distancia, sino desde el encuentro. Y fue en esa implicación –con el barrio, con la Casa, con sus voces y silencios– donde encontré también una forma distinta de pensar la formación en psicología: una formación que no separa lo académico de lo afectivo, lo político de lo profesional, lo colectivo de lo personal.

4. Las casas culturales: un análisis de su presencia y función en diversas regiones

Las casas de la cultura, también conocidas como centros culturales, se presentan como espacios donde la comunidad se encuentra, se expresa y se organiza. Son lugares vivos, que muchas veces nacen del impulso colectivo y se sostienen gracias al compromiso de quienes los habitan y les dan sentido. Según Bernal-Pedraza y Licono-Calpe (2020), estas instituciones –públicas o privadas– suelen ubicarse en edificios, salones, casas o parques, y tienen como fin promover y desarrollar actividades culturales, educativas y sociales. No se trata solo de una oferta de talleres o espectáculos: son territorios donde se construyen vínculos, se cuida la memoria y se habilitan modos de participación que fortalecen el tejido social.

En muchos casos, estos espacios albergan talleres de arte, música, danza, teatro, lectura, proyecciones de cine, y también celebraciones populares como carnavales y fiestas locales. Más allá de la actividad puntual, lo que se teje allí es pertenencia, identidad compartida y posibilidad de construir comunidad. Aunque en algunos países no existan políticas públicas estables que las sostengan, las casas culturales persisten gracias a su

profundo arraigo en las prácticas cotidianas de los barrios y territorios. Su financiamiento suele ser variado y discontinuo: aportes municipales, apoyos privados o convocatorias temporales (Bernal-Pedraza & Licon-Calpe, 2020).

Históricamente, han sido fundamentales en América Latina como promotoras de cultura desde abajo, desde la gente. Sin embargo, la investigación académica sobre ellas aún es limitada, predominando documentos oficiales o informes técnicos. En este vacío, la psicología comunitaria encuentra un campo fértil: estos espacios no solo promueven el acceso a bienes culturales, sino que también habilitan procesos subjetivos potentes, que impactan en la vida cotidiana de quienes los atraviesan.

En esa línea, desde organismos como la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB) se han impulsado programas como IberCultura Viva, orientados a fortalecer a las organizaciones culturales comunitarias. Según Santini (2015), estos colectivos, aunque independientes del Estado y del mercado, tienen una fuerte capacidad de incidir en la construcción de políticas públicas. Los centros culturales no solo alojan propuestas artísticas, sino que se constituyen como lugares donde se teje identidad, se reconoce lo propio y se cuidan los vínculos.

Un ejemplo paradigmático en la región es el de los “Puntos de Cultura”, implementados en países como Brasil, Argentina, Perú y Costa Rica. Inspirado en el Programa Cultura Viva (Brasil, 2004), este modelo apoya a organizaciones con fuerte anclaje territorial, fortaleciendo su papel como agentes de transformación social. Más que estructuras físicas, se trata de espacios donde la comunidad se expresa, se organiza y se piensa a sí misma (Santini, 2015).

Desde una mirada psicológica, las casas culturales funcionan como escenarios privilegiados para la construcción de subjetividad colectiva. Participar en ellas no solo mejora el acceso a la cultura, sino que posibilita procesos de identificación, pertenencia y bienestar emocional. Son espacios donde las personas no solo consumen cultura, sino que también la producen, la recrean y la comparten.

Pensar en las casas culturales es pensar en espacios donde la vida comunitaria se amplía, se enriquece y se transforma. Son lugares donde el arte se cruza con la organización social, donde lo cotidiano se resignifica y donde la psicología encuentra pistas para comprender cómo se construyen vínculos, sentidos de pertenencia y ciudadanía. En tiempos donde lo común parece fragilizado, estas experiencias cobran una relevancia profunda para quienes buscamos una psicología situada, comprometida y transformadora.

5. Bordeando las casas culturales en Uruguay

Los centros culturales en Uruguay pueden ser entendidos, desde la psicología, como espacios de producción simbólica, donde se permiten procesos subjetivos, identitarios, vinculares, etcétera. No son solamente espacios físicos para realizar actividades artísticas, sino espacios para construir sentidos, tramitar experiencias compartidas y generar existencia del ser con otra gente.

Los centros culturales en el territorio nacional ofrecen, en distintos lugares, talleres, propuestas educativas y actividades colectivas que permiten procesos para encontrarse o intercambiar con otros. En los centros culturales deja de contemplarse la cultura como un producto para consumir y deviene como práctica social la que se construye entre los sujetos, en comunidad.

El Ministerio de Educación y Cultura (2022) indica que los Centros Culturales Nacionales deben permitir fortalecer la circulación cultural en el territorio nacional, no sin antes articular con gobiernos departamentales y municipales. Pero, más allá del aspecto técnico-administrativo, desde una perspectiva psicológica se puede también entender como una intención de descentralizar el acceso a dispositivos simbólicos que intervienen en la constitución de subjetividades e identidades colectivas.

Estos centros se convierten en mediadores entre lo individual y lo social. La posibilidad de acceder a expresiones artísticas propias del territorio permite no solo el reconocimiento de una cultura local, sino también la afirmación de una identidad situada, muchas veces invisibilizada por lógicas centralistas o hegemónicas. La participación en estos espacios puede generar efectos subjetivos concretos: disminución del aislamiento, construcción de redes, y resignificación de historias de vida a través de lo colectivo.

La articulación entre los distintos institutos nacionales (Artes Visuales, Escénicas, Letras, Música, etc.) y los Centros Culturales, posibilita el diseño de propuestas que apuntan al fortalecimiento del lazo social. Estas prácticas culturales pueden pensarse como formas de cuidado comunitario, donde se elaboran colectivamente experiencias, dolores y resistencias. En este sentido, promueven la salud mental entendida desde una perspectiva integral, contextual y política.

El Ministerio de Desarrollo Social (2022) reconoce a las Casas de la Cultura como espacios para el desarrollo personal y social, con una oferta de talleres que integran prácticas locales y globales. Desde una lectura más crítica, estas casas pueden pensarse como dispositivos comunitarios que tensionan las lógicas de exclusión, abriendo la posibilidad de elaborar identidades a partir del hacer con otros. Lo educativo y lo artístico, en dicho contexto, no son ejercicios técnicos, sino que constituyen recursos de la elaboración subjetiva.

6. Contextualización del trabajo en la Casa Cultural Ciudad Vieja

La Casa Cultural Ciudad Vieja, ubicada en Washington 291, esquina Colón, es una asociación civil dedicada a la promoción, difusión y enseñanza del candombe y la afrodescendencia. Además, busca rescatar la memoria sobre las primeras reuniones del colectivo afro en el Montevideo colonial. Es sede de la Comparsa LCV y ha desarrollado diversas actividades en la zona durante años (Casa Cultural Ciudad Vieja, s. f.). Ha trabajado con organizaciones barriales al atender a niños, adultos mayores y personas en contextos vulnerables, brindando espacios de intercambio cultural a través del candombe y otras actividades. Ofrece un espacio de encuentro abierto a toda la comunidad e incluye una variada oferta de talleres como danza árabe, pilates, coro, candombe, salsa, bachata y yoga, entre otros. Su objetivo principal es ofrecer a los habitantes de Ciudad Vieja, y al público en general, un lugar de participación y disfrute.

Es un espacio vibrante y abierto que, a través de sus talleres, promueve procesos de identificación colectiva, pertenencia barrial y bienestar subjetivo desde una lógica comunitaria. Los talleres –como el coro infantil, danza (candombe, salsa, bachata, árabe), yoga terapéutico, espacios para adultos mayores y actividades artísticas– no solo tienen un fin recreativo sino que funcionan como dispositivos de encuentro, elaboración simbólica y fortalecimiento de los lazos sociales. Desde una mirada situada, estos espacios comunitarios permiten trabajar lo vincular, lo expresivo y lo afectivo como dimensiones clave para pensar la salud psíquica en clave colectiva. En este sentido, cada taller constituye una oportunidad para desplegar prácticas significativas que habiliten nuevas formas de habitar y de relacionarse.

A partir de las entrevistas realizadas en el marco de la práctica –las cuales se encuentran en su página web (<https://casaculturalciudad8.wixsite.com/casa-cultural-ciudad>)– es que conocemos que la Casa Cultural surge a partir de una necesidad compartida por los integrantes de la comparsa. Durante los ensayos, se evidenciaba la falta de un espacio propio donde guardar la ropa, los tambores y otros elementos esenciales. También era importante contar con un baño y un lugar de resguardo, especialmente para los niños, en los días de frío y lluvia. Estas necesidades llevaron a imaginar un sitio donde todos pudieran contribuir y sentir un verdadero sentido de pertenencia.

En uno de los ensayos, Daniela propuso la idea de conseguir un lugar para la Casa Cultural. No se sabía dónde, cuándo ni cómo, pero la idea comenzó a gestarse. La búsqueda de un espacio en Ciudad Vieja llevó a que el dueño de su casa, quien conocía el proyecto, le ofreciera un local en alquiler. Al reflexionar sobre la oportunidad, Daniela

decidió hablar con él para plantearle la posibilidad de establecer allí la Casa Cultural. La idea fue bien recibida y se logró alquilar el espacio por 6.000 pesos.

El anuncio de que ya contaban con un lugar fue sorprendente para el resto de la comparsa. En poco tiempo, Daniela llegó a un ensayo con una llave en la mano y explicó que era la llave de su nueva casa. La emoción y el asombro fueron inmediatos. Así, en Guaraní 1506, debajo de su propia vivienda, comenzó a tomar forma la Casa Cultural.

La recepción del barrio fue inesperadamente positiva. Los vecinos aceptaron con rapidez la presencia de la Casa Cultural, que era la primera de su tipo en la zona. A medida que el proyecto se difundía, comenzaron a aportar muebles y materiales. De a poco, fueron llegando mesas, sillas y otros elementos que ayudaron a dar vida al espacio.

Además, la comunidad se involucró activamente en la cartelería y en la organización de los talleres. La radio comunitaria Contonía FM, con más de 25 años en el barrio, fue un puente fundamental para conectar a la Casa Cultural con la comunidad, ofreciendo entrevistas y programas radiales para difundir la iniciativa. También hubo apoyo de otras organizaciones barriales, como “Mi Casita”, que contribuyeron acercando más personas interesadas en participar y colaborar. Gracias a esta rápida integración, el proyecto comenzó a consolidarse.

Desde el inicio, la Casa Cultural fue impulsada por Daniela y sus compañeros de la comparsa, como Miriam y Omar. Sus hijos también desempeñaron un papel clave, especialmente su hijo mayor, quien puso la garantía del alquiler. Sostenerse sólo puede hacerse con actividades propias porque, al tratarse de un espacio autogestionado, tampoco contaba con apoyo estatal o financiamiento externo. Para cubrir estos gastos, se estableció una cuota social de 200 pesos por integrante, una contribución que todavía persiste hoy. La idea parecía inalcanzable, pero con esfuerzo y dedicación se logró mantener el proyecto durante seis años, garantizando que la cultura no muriese en el barrio (Canal Casa Cultural Ciudad Vieja, 2023).

Desde la psicología comunitaria latinoamericana, estos espacios son comprendidos como escenarios de transformación social donde se articulan subjetividades, memorias, afectos y resistencias. Como sostiene Maritza Montero (2004), la intervención comunitaria debe orientarse a promover procesos de empoderamiento, participación crítica y fortalecimiento de la identidad colectiva. Desde esta perspectiva, los talleres se vuelven espacios donde las personas pueden apropiarse simbólicamente de la Casa, darle sentido al encuentro y construir colectivamente significados.

Las distintas formas de expresión artística –como la música, el teatro, la danza o la escritura– actúan como lenguajes que conectan con lo más profundo de la experiencia, permitiendo decir aquello que muchas veces no encuentra palabras. No se trata solo de lo estético o lo lúdico, sino de crear lugares donde lo emocional, lo histórico y lo compartido

puedan tener lugar. Como señala Silvia Lane (1990), el lenguaje simbólico es clave para comprender las vivencias humanas en su dimensión histórica y cultural, y no puede reducirse a explicaciones psicológicas aisladas del contexto.

Desde 2022 se desarrolla en la Facultad de Psicología de la Universidad de la República (Udelar) una práctica con el colectivo de la Casa Cultural Ciudad Vieja, originalmente de forma exploratoria; actualmente es un proyecto del ciclo de formación integral y del ciclo de graduación a cargo de la docente Cecilia Blezio. La propuesta buscó mapear las redes y recursos del colectivo, así como historizar su trayectoria para construir una narrativa que permitiera visibilizar su potencial y perspectivas a futuro. Todos estos esfuerzos se centran en establecer una colaboración entre la Casa Cultural Ciudad Vieja y la Facultad de Psicología para abordar lo emergente (Blezio, 2023).

En 2023, año en que la cursé, su objetivo principal fue identificar el territorio y actores clave para determinar las posibilidades de intervención en un trabajo de extensión que vincule a la Casa Cultural con la Facultad de Psicología. Esto incluyó la continuidad de actividades previamente establecidas, así como la planificación de nuevas propuestas.

Las personas que asisten a estas actividades y talleres no son tratadas como pacientes ni como destinatarios pasivos, sino como sujetos activos con saberes, memorias y deseos. El espacio cultural se vuelve así un terreno fértil para la creación de vínculos solidarios y proyectos compartidos. Desde este punto de vista particular, los sentimientos mostrados durante las acciones –como el aprecio, la expectación, el regocijo o inclusive el llanto– no son señales para ser tratadas, sino muestras auténticas de procesos subjetivos vinculados entre sí por las circunstancias sociales que los envuelven.

6.1. *Práctica Casa Cultural Ciudad Vieja (2023): breve descripción de actividades*

Luego de reuniones y entrevistas con la coordinadora de la casa y con integrantes de su colectivo, durante los estudiantes que cursamos esta práctica en 2023 nos propusimos trabajar en tres ejes, divididos en tres subgrupos.

6.1.1. Taller: “La casa nos atrapa”

Este taller, realizado el 17 de junio de 2023, tuvo como propósito generar un espacio de expresión y escucha colectiva en torno a la experiencia de participación en la Casa Cultural. A través de propuestas diferenciadas para niños y personas adultas, buscamos explorar qué elementos de la casa resuenan con mayor fuerza en sus vivencias, emociones y vínculos, favoreciendo la circulación de la palabra y el reconocimiento mutuo.

El título del taller surgió de una frase muchas veces repetida por Daniela e integrantes del colectivo en reuniones y entrevistas, como síntesis de expresiones tales como: “llegás y no te querés ir”, “siempre hay algo para hacer”, “vení y se te pasa la hora”.

El taller comenzó con una ronda de presentación, nos ubicamos en círculo y se propuso la técnica del ovillo: una persona tomaba el hilo, se presentaba y compartía cómo se sentía en ese instante; luego lanzaba el ovillo a otra persona, y así sucesivamente. Con cada intervención, no solo se tejía una red de palabras, emociones y nombres sino también una red literal de hilos que se fue formando en el centro del grupo.

Las emociones que se compartieron fueron mayoritariamente positivas: se expresaron ganas, entusiasmo, curiosidad, pero también gratitud por contar con un espacio como la Casa Cultural. Al finalizar, se resignificó la consigna explicando que esa red visible representaba los vínculos y afectos que se generan en el día a día dentro de la Casa. No era solo una metáfora, sino una forma concreta de mostrar cómo cada persona aporta algo valioso al entramado colectivo, y cómo ese sostén mutuo se vuelve parte de la identidad del lugar.

A los niños los invitamos a realizar un dibujo a partir de la siguiente pregunta: “¿Pueden dibujar qué es lo que más les gusta de venir a la Casa?” A partir de sus producciones gráficas, se propició el diálogo en torno a lo que representaban, permitiendo identificar qué espacios, actividades o relaciones generan mayor disfrute, interés o sentido para ellxs. Esta propuesta permitió habilitar una escucha atenta y sensible, centrada en sus modos de narrar la experiencia.

Con las personas adultas se trabajó a partir de consignas escritas en hojas delimitadas en espacio (una frase o una palabra), con el objetivo de estimular la síntesis reflexiva y abrir un momento de intercambio grupal. Se les propuso responder a tres preguntas orientadoras:

- ¿Qué los inspira o motiva a venir a la Casa Cultural?

Esta pregunta buscó reconocer los motivos subjetivos que movilizan la participación, indagando en lo que les genera entusiasmo, energía y sentido de pertenencia.

- ¿Qué valores aprecian en las personas que forman parte de la Casa?

Aquí se intentó explorar los principios o cualidades que valoran en los demás, permitiendo visibilizar los atributos que fortalecen los vínculos comunitarios.

- ¿Qué emociones experimentan al participar en las actividades?

Esta pregunta apuntó a dimensionar el impacto emocional de las experiencias vividas en la Casa, reconociendo cómo se sienten en ese espacio compartido.

Para finalizar, se propuso una actividad simbólica y colectiva: dejar una “huella” en pintura sobre un papelógrafo, integrando también los dibujos, frases y palabras trabajadas

anteriormente. Esta acción buscó visibilizar el recorrido compartido durante el taller y, al mismo tiempo, ofrendar a la Casa un gesto colectivo de agradecimiento, dejando una marca tangible de la experiencia vivida juntos.

6.1.2. La Casa Cultural puertas afuera: propuesta de difusión hacia el barrio

En este eje nos propusimos acompañar el proceso de difusión junto a Daniela y el equipo, utilizando redes sociales como herramienta para visibilizar la vida cotidiana de la Casa Cultural Ciudad Vieja. Esto implicó asistir a talleres, registrar actividades con fotos, crear calendarios semanales y fortalecer la vinculación a través de redes, reivindicar el valor de las actividades y talleres, capturando frases, gestos y emociones que dieran cuenta del sentido que estas experiencias tenían para quienes participaron.

Además, organizamos una jornada de volanteada en el barrio, con el fin de acercar la Casa a vecinxs que aún no la conocen. Para esto, diseñamos un volante con información clara sobre horarios, dirección y propuestas abiertas a la comunidad. La Casa Cultural funciona gracias a la participación activa de quienes la sostienen día a día. Aunque ya cuenta con un público estable, observamos –a partir de los intercambios con Daniela– que muchos vecinos aún no sabían qué sucede dentro, ni que se trata de un espacio abierto para todxs. Por eso consideramos clave trabajar en estrategias de difusión que pudieran acercar a más personas.

Como estudiantes de psicología, nuestro objetivo fue colaborar en la construcción de herramientas que no solo comunicaran la historia y las actividades de la Casa, sino que también fortalecieran el sentido de pertenencia. Tal como expresa Daniela: “la Casa te atrapa”, y creemos que esa experiencia merece ser compartida.

Las redes sociales, especialmente Instagram, ofrecen la posibilidad de mostrar en imágenes el recorrido de la Casa, sus objetos simbólicos, talleres y rostros que le dan vida. Pero también sabemos que no todas las personas acceden a estos medios, por lo que propusimos sumar una instancia presencial como la volanteada, apostando al cara a cara como forma de invitar y construir lazos.

Más allá de los medios, lo que buscamos fue acompañar procesos que perduren más allá de nuestra presencia, colaborando en la creación de hábitos y herramientas sostenibles que permitan seguir contando la historia viva de la Casa Cultural.

6.1.3. Relatos y propuesta página web

El plan consistió en diseñar y coconstruir una página web para la Casa Cultural Ciudad Vieja junto a Daniela y el equipo, apostando a una herramienta digital que

potenciara la autogestión y ampliara el alcance del proyecto. La creación de una página web para la Casa busca facilitar el acceso a información clara sobre sus actividades, fortalecer su imagen institucional y ofrecer un canal de contacto con la comunidad. Además, permite proyectar su identidad en el espacio digital, visibilizando su historia, su propuesta cultural y los vínculos que la sostienen.

Esta herramienta no solo apunta a difundir, sino también a generar un sentido de pertenencia más amplio, invitando a más personas a sumarse y participar. La web, al igual que las redes sociales, puede ser una puerta de entrada a la experiencia vivida en la Casa.

Como etapas de trabajo, presentamos un primer boceto de la página web como punto de partida para el diálogo y la construcción conjunta; propusimos incluir un ciclo de entrevistas a personas vinculadas a la historia de la Casa, con el objetivo de recuperar memorias, voces y recorridos significativos; elaboramos una guía para las entrevistas (preguntas, formato, posibles espacios) y consensuamos junto a Daniela los detalles para su realización. Luego, avanzamos en el diseño del sitio, incorporando los aportes recibidos, y planificamos su presentación con el código QR, entrevistas y guía de uso tanto en versión impresa como digital. Como cierre, entregamos a Daniela la versión final de la página, las entrevistas publicadas en plataformas sociales y la guía de uso correspondiente. También dejamos propuestas y materiales para que futuros estudiantes puedan continuar y profundizar este camino.

6.2. Mi experiencia dentro de la Práctica Casa Cultural Ciudad Vieja

El inicio de mi práctica estuvo marcado por una mezcla de ansiedad, expectativas y algunos miedos. No sabía exactamente qué esperar, pero tenía muchas ganas de comenzar. Después de tanto tiempo esperando, finalmente llegó el momento y, para mi sorpresa, fue mucho mejor de lo que imaginaba. Desde el primer día, el recibimiento fue increíblemente cálido, y el grupo, compuesto por Bruno D'Alessandro, Valentina Millán, Matías Maschi, Mauro Alonso, Emiliano Torres, Belén Núñez, Jazmín Díaz, Agus Araújo, Bryan Sosias y yo, resultó ser el ideal para desarrollar el trabajo. Fuimos recibidos por Daniela Pereira, referente fundamental de la Casa Cultural Ciudad Vieja. Además de ser la coordinadora del espacio y fundadora de la comparsa LCV, Daniela es una figura central para la vida cotidiana de la Casa. Su presencia encarna un liderazgo afectivo, comunitario y sostenido en el tiempo, que va mucho más allá de la gestión organizativa. Para quienes participan del espacio, Daniela es mucho más que una responsable institucional: es una figura de referencia simbólica, cercana, que habilita el cuidado, el encuentro y la escucha. Su rol tiene un aire materno, de contención y acompañamiento, que sostiene vínculos, crea

confianza e invita a la participación. Fue ella quien nos dio la bienvenida y compartió generosamente la historia, los desafíos y los sueños que habitan la Casa Cultural, habilitando desde ese primer momento un clima de apertura y horizontalidad. Ahora bien, en el marco de esta sistematización, y sin desestimar el valor profundo de ese liderazgo, también aparece la necesidad de preguntarse si ese lugar tan central que ocupa Daniela es únicamente el resultado de un estilo que promueve el cuidado y la participación, o si al mismo tiempo puede implicar cierta limitación a la circulación de otras voces dentro del colectivo. ¿Qué dinámicas se generan cuando una sola figura concentra tanto peso simbólico y organizativo? ¿Qué pasa con las posibilidades de construir autoridad colectiva o de habilitar otros liderazgos? Estas preguntas no buscan señalar ni juzgar, sino abrir una reflexión necesaria sobre cómo se distribuye el poder en los espacios comunitarios, incluso en aquellos que se piensan desde lógicas horizontales.

Nos compartió la historia de la Casa Cultural, desde su ubicación original hasta su mudanza al actual espacio, y nos explicó cómo la casa había obtenido su estatus de asociación civil. Estos relatos nos permitieron comprender el profundo valor que tiene este espacio para la comunidad y la reciprocidad entre la casa y el barrio.

Puedo decir que la práctica superó todas mis expectativas. Me encontré con un espacio cálido que no solo me dio la bienvenida, sino que me invitó a participar y estuvo abierto a todas mis sugerencias. Fue una excelente introducción al campo, que me brindó las herramientas necesarias para futuras intervenciones. Esta experiencia me permitió perder el miedo al acercamiento a la realidad comunitaria y consolidó mi compromiso con el trabajo colectivo.

Además, mi experiencia no solo se limitó al espacio de la Casa Cultural, sino que también incluyó la posibilidad de observar el trabajo colectivo dentro de la facultad, ya que pude asistir a la instancia de la práctica del año siguiente. Esta visita fue clave para entender cómo los integrantes de la facultad trabajan de forma conjunta con la Casa Cultural, y me permitió tomar este proyecto como base para mi Trabajo Final de Grado.

Al finalizar la práctica, también fui tomando conciencia de una dimensión afectiva más profunda que atravesó todo el proceso: la transferencia. La Casa habilita un vínculo muy cálido desde el comienzo, que no solo impacta en quienes la sostienen sino también en quienes nos integramos desde afuera, como fue mi caso. Esa afectividad generó en mí un sentimiento de pertenencia real, una cercanía emocional que me involucró más allá del rol académico.

En esta construcción del TFG, incorporando los aportes tanto de mi tutora como de la docente revisora, surgió una observación que me resultó especialmente significativa: una cosa es que la Casa idealice su propio proyecto –desde lo simbólico, lo colectivo, lo afectivo–, y otra muy distinta es que yo, como estudiante e investigadora, reproduzca esa

idealización sin cuestionamiento. Esta observación me permitió detenerme a pensar desde qué lugar estaba escribiendo este trabajo. Lo que comprendí es que lo que había vivido no era una idealización ingenua, sino un sentimiento genuino de haber sido parte de algo que me conmovió, me enseñó y me transformó. Y fue desde ese lugar, necesariamente afectado, que también surgieron las preguntas y reflexiones que sostienen esta sistematización.

En ese cruce entre vivencia e interpretación, se hizo evidente una tensión formativa clave: cómo sostener la implicación afectiva sin perder la capacidad de análisis crítico. La psicología comunitaria, al reconocer la implicación del sujeto como parte constitutiva de toda intervención, no niega el compromiso emocional, pero sí invita a reflexionar sobre él. En este sentido, el TFG no solo da cuenta de una experiencia situada, sino también del ejercicio de pensarla desde un lugar ético, que reconozca las marcas subjetivas sin quedar atrapado en ellas.

6.3. Síntesis de la Práctica Casa Cultural Ciudad Vieja (2023)

En los encuentros realizados durante la práctica, la consigna de las tres preguntas (“¿Qué te emociona?”, “¿Qué te enoja?”, “¿Qué te da fuerza?”) habilitó relatos profundos y palabras cargadas de sentido, como amor, respeto, dignidad y libertad. Estos relatos no se agotaban en lo individual, sino que evidenciaban una dimensión colectiva del deseo y el sufrimiento, mostrando la potencia de estos espacios como escenificaciones del lazo social.

Los talleres no solo permiten expresar emociones sino que sirven de lugares para una reparación simbólica donde las personas pueden contar sus historias desde la escucha, el respeto y el reconocimiento mutuo. Silvia Lane (1990), por su parte, enfatiza que la psicología debe tener un compromiso ético-político con los sectores populares, construyendo conocimientos situados que partan de las prácticas concretas y no de modelos importados o descontextualizados. La práctica profesional en este tipo de espacios requiere una postura activa, crítica y comprometida del psicólogo comunitario. Como señala Montero (2006), se trata de “acompañar procesos, no de dirigirlos”, reconociendo que el saber se construye en el hacer compartido, y que las personas son protagonistas de sus transformaciones. En la Casa Cultural Ciudad Vieja, esta figura no está institucionalizada, pero la participación de estudiantes de psicología desde la Facultad representa un primer acercamiento hacia una praxis situada, reflexiva y dialógica.

Desde este enfoque particular, el deber del psicólogo no radica en aplicar técnicas predefinidas, sino en comprometerse activamente junto la comunidad, colaborando en la elaboración de herramientas para escuchar, actuar colectivamente y reflexionar en forma conjunta sobre el malestar presentado por todos los miembros involucrados en ella. La

intervención no se fundamenta en resolver de manera individual los dilemas planteados, sino en establecer entornos de significado donde las expresiones verbales, corporales y emocionales puedan circular dentro del contexto comunitario.

La tarea del psicólogo comunitario no es interpretar desde afuera ni imponer una lectura del malestar, sino generar condiciones para que las personas se escuchen, se reconozcan y construyan sentido en lo colectivo. Frente a la lógica individualizante y medicalizante del sufrimiento, los talleres habilitan un modo de estar que apuesta por la reciprocidad, la expresión creativa y el cuidado mutuo. Así, los talleres y actividades que se propusieron en la práctica así como el arte, la danza, la música y la palabra se convierten en lenguajes de resistencia y resignificación.

Los talleres que ofrece la Casa Cultural Ciudad Vieja pueden ser comprendidos como prácticas de salud colectiva, de elaboración simbólica y de construcción de ciudadanía. Son espacios donde, como señala Martín-Baró (1984), “la esperanza se vuelve acción”, y donde lo colectivo se erige como territorio para la transformación subjetiva y social. A través de sus prácticas cotidianas, sus talleres y su dinámica abierta, la Casa Cultural se convierte en un lugar donde las personas pueden conectar, narrar, crear y reconstruir sus historias desde una lógica del cuidado mutuo. En este sentido, el rol del psicólogo comunitario no es intervenir desde afuera, sino implicarse, acompañar y coconstruir junto a otros modos de habitar el mundo más sensibles, más humanos y más justos.

7. ¿Cómo es un día hoy en la Casa Cultural Ciudad Vieja?

Desde la psicología comunitaria, el análisis de la vida cotidiana adquiere un valor profundo para comprender los procesos de construcción de comunidad, subjetividad y sentido. Lejos de limitarse a grandes eventos o intervenciones planificadas, esta perspectiva reconoce en lo cotidiano un lugar central para la generación de lazos, la producción de subjetividades y la transformación social (Montero, 2004). En este sentido, la experiencia de un día en la Casa Cultural Ciudad Vieja nos invita a pensar cómo, en lo simple y reiterado, se configuran prácticas comunitarias cargadas de sentido.

En abril de 2025 realicé una entrevista a Daniela Pereira, directora de la casa, cuya voz permite entrever los procesos vivos que se sostienen en este espacio: trabajo colectivo, cuidado, encuentros, vínculos, participación y afecto. La rutina de cada jornada no es una repetición vacía, sino una reafirmación de una apuesta por lo común.

7.1. La organización del día: trabajo, cuidado y comunidad

La jornada comienza temprano. “Abrimos temprano, como a eso de las nueve de la mañana. Llegamos, empezamos a organizar todo lo que es el trabajo de la casa para el transcurso del día” (entrevista, 2025). En esta descripción sencilla se revela un elemento clave: el trabajo cotidiano como práctica comunitaria. No se trata de una tarea individual ni funcional, sino de una labor compartida, impregnada de afecto y compromiso.

El trabajo de organizar, limpiar, cuidar y preparar el espacio no es neutro: es parte de la producción simbólica de comunidad. Cuidar la casa es cuidar el espacio colectivo, es construir hospitalidad y generar condiciones para que el encuentro ocurra. Como señala Montero (2004), las prácticas comunitarias implican un modo de hacer en el que se expresan valores, sentidos y horizontes éticos. La figura del compañero Diego también es significativa: “es quien comparte conmigo las actividades y que se encarga un poco de cuidar la casa”. Este “cuidar” trasciende lo material. Se trata de cuidar un espacio de vida, de cultura, de vínculos. En términos de psicología comunitaria, es un acto político y afectivo.

7.2. Los talleres: el encuentro con los otros

La organización del día incluye también la coordinación con los profesores y responsables de los talleres, que son el núcleo de muchas de las actividades que la Casa ofrece. “Recibimos a la gente, charlamos un poco, comienzan los talleres. Disfrutamos de poder participar en algunos de ellos y en otros observamos cómo se realizan” (entrevista, 2025). Aquí aparece el componente relacional: la charla, la observación, la presencia compartida.

Los talleres no son solo espacios de aprendizaje técnico, sino escenarios de encuentro, de vínculo, de construcción colectiva. Como plantea Blezio (2024), la Casa Cultural funciona como un “escenario de intervención, entendida teóricamente como un ‘encuentro’” (p. 64), donde se prioriza la palabra del otro, la participación y la posibilidad de habitar el espacio como propio.

El hecho de que “la gente viene muy contenta a disfrutar del espacio, a compartir con nosotros” (entrevista, 2025) refleja que no se trata simplemente de asistir a una clase o participar de una actividad puntual, sino de habitar un lugar en el que se sienten parte. Esta disposición afectiva, marcada por el deseo de encuentro, de compartir y de permanecer, resulta fundamental en la construcción de vínculos sostenidos en el tiempo. En estos espacios, lo importante no es únicamente lo que se hace, sino el cómo y con quién se hace. Lo que se genera es un entramado relacional que fortalece los lazos, legitima las

trayectorias individuales y colectivas, y da lugar a formas de pertenencia que son, a su vez, motor y sostén de los procesos comunitarios.

7.3. Un espacio cuidado, alegre y transformador

Uno de los aspectos más potentes del relato es la descripción de la Casa como un espacio que ha sido construido con esfuerzo, cariño y compromiso. “La casa, la verdad, por suerte, nos ha quedado muy acogedora, tangible y bonita para que la gente pueda venir a compartir y pasar un rato hermoso” (entrevista, 2025). Esta valoración no es decorativa: habla de una apropiación simbólica del espacio, de una inscripción afectiva que transforma lo edilicio en hogar colectivo.

La belleza, el cuidado, la alegría, son dimensiones frecuentemente subestimadas en los análisis técnicos, pero esenciales para el lazo social. Weisz (2024) subraya que los lazos sociopsíquicos no solo se sostienen en estructuras formales, sino también en los afectos, las sensibilidades, las estéticas del encuentro. Que el espacio sea “acogedor” y que las personas quieran “volver” es evidencia del valor simbólico que ha adquirido la Casa para la comunidad. En palabras de la referente: “más de una vez, nos han dicho que vienen y la pasan muy bien y, además, donde siempre quieren volver” (entrevista, 2025). La repetición no es rutina vacía sino reencuentro con un lugar que habilita la expresión, la convivencia y el afecto.

7.4. Crear y compartir sueños

Una de las frases más potentes del testimonio aparece hacia el final: “creamos sueños, compartimos sueños y creemos que todo es posible” (entrevista, 2025). Esta declaración no es ingenua ni idealista. Es profundamente política. En un contexto social que muchas veces promueve el desencanto, la desconfianza y el individualismo, sostener un espacio colectivo donde se crea y comparte esperanza es un acto transformador. Como plantea Paulo Freire (2005), la esperanza no es pasividad, sino condición necesaria para la acción transformadora. En este sentido, la Casa Cultural se presenta como un espacio de politización de lo cotidiano, donde los sueños no se reducen a utopías, sino que se ensayan en prácticas concretas, en el estar con otros, en el compartir saberes, en la alegría del encuentro.

7.5. La potencia de lo cotidiano

Un día en la Casa Cultural Ciudad Vieja no es un día cualquiera. Es la manifestación viva de procesos comunitarios que se construyen en la cotidianidad. Desde la psicología comunitaria, este relato permite visibilizar cómo las prácticas diarias, sostenidas con compromiso y afecto, pueden configurar espacios de pertenencia, de identidad colectiva, de transformación subjetiva.

La Casa Cultural es más que un centro de actividades. Es un territorio simbólico y afectivo, una comunidad en acto, un proyecto que encarna una ética del cuidado, del vínculo y de la posibilidad. Como afirma el testimonio: “así va el tema de la Casa Cultural en un día... y al otro día volvemos otra vez a hacer lo mismo y poder disfrutar de lo que es nuestra Casa Cultural” (Daniela Pereira, entrevista, abril de 2025). Lo cotidiano, entonces, como lugar de lo extraordinario.

8. La Casa Cultural como dispositivo comunitario: subjetividad, vínculos y bienestar en territorio

8.1. Contexto barrial: Ciudad Vieja y su historia

La Ciudad Vieja es un barrio con una marca histórica, arquitectónica y cultural profunda, conformado por varios cambios urbanos. Desde los orígenes como núcleo de la ciudad y con el paso del tiempo, el área ha visto una vida viva de la comunidad y también cambios en los grupos sociales, caracterizados por el conflicto entre mantener las tradiciones y la inversión inmobiliaria (González, 2007). Desde sus comienzos como un centro de puerto y comercio, la ciudad antigua ha sido el hogar de varios grupos, como descendientes de africanos, recién llegados y trabajadores asociados con el comercio y la creatividad. En los últimos años, el área ha experimentado procesos de división y división social, lo que lleva a una mezcla de turistas, comerciantes y locales de mucho tiempo que con frecuencia sienten que su estadía está en riesgo (Zibechi, 2012).

Estos cambios han afectado cómo viven las personas en el área y la presencia de áreas compartidas mantenidas por y para los residentes. Frente a este escenario, iniciativas como la Casa Cultural Ciudad Vieja adquieren un rol central al ofrecer un lugar de encuentro, contención y participación colectiva. La Casa no solo emerge como un espacio cultural, sino como un verdadero dispositivo de resistencia territorial, donde se disputan sentidos sobre el uso y el valor del espacio urbano.

Tal como señala Blezio (2024), este tipo de espacios funcionan como “escenarios de encuentro” donde se habilita la palabra, la memoria y el vínculo como formas de intervención comunitaria. Su potencia no radica solo en lo que ofrecen, sino en cómo habilitan relaciones simbólicas y afectivas que reconstruyen el tejido barrial y activan la subjetividad colectiva.

En este sentido, se puede pensar la Casa Cultural como parte de los denominados comunes, entendidos como prácticas sociales colectivas que permiten sostener la vida por fuera de las lógicas del mercado y del Estado (Federici, 2014). No se trata solo de acceder a bienes culturales, sino de defender la posibilidad de habitar el barrio desde lo comunitario, el cuidado mutuo y la pertenencia.

Asimismo, Gutiérrez Aguilar (2020) sostiene que los territorios no son solo espacios físicos sino construcciones históricas atravesadas por disputas de sentido. La vida barrial, en este marco, se configura como horizonte de lo común, donde se producen formas de existencia no hegemónicas, organizadas desde abajo. La Casa Cultural Ciudad Vieja puede ser leída como un lugar donde se enuncia y se practica esa otra política de lo cotidiano: una política de lo afectivo, lo simbólico y lo colectivo, que resiste al desarraigo y la fragmentación urbana.

La Casa Cultural de Ciudad Vieja no es solo un espacio para el arte y la expresión: es un territorio vivo donde se activan herramientas fundamentales para el bienestar de quienes lo habitan. La propuesta va más allá de lo cultural. Es un territorio para tejer lazos, soltar emociones, fortalecer quiénes somos y ser piezas de un todo. Lo que sucede aquí no es solo un acto simbólico, tiene impactos concretos en cada uno y en la comunidad. Influencia en nuestras rutinas, en las conexiones que creamos, en cómo evolucionamos. Desde esta perspectiva, podemos pensar que la Casa despliega diferentes dispositivos, que desde lo teórico y lo práctico, promueven el crecimiento individual, fortalecen los lazos sociales y permiten a la comunidad pensarse, habitar y transformarse.

Desde la psicología comunitaria latinoamericana, el concepto de dispositivo resulta clave para comprender la potencia transformadora de espacios como la Casa Cultural Ciudad Vieja. Lejos de enviar solo a una estructura organizacional o funcional, un dispositivo puede entenderse como una red compleja de relaciones sociales, conocimiento, afectos, regulaciones, tecnologías, idiomas y prácticas que producen subjetividades, vínculos de vinculación y formas de habitar el mundo (Foucault, 1990; Montero, 2004; Lane, 1990). De esta manera, los dispositivos no son imparciales ni seguros: están influenciados por la dinámica de poder, la oposición y las posibilidades de cambio. Son espacios donde se produce sentido, donde se habilita (o limita) la agencia de los sujetos, y donde se generan condiciones para que ciertos discursos, emociones o modos de estar con otros circulen.

La psicología comunitaria retoma esta noción desde una perspectiva crítica y situada, enfocándose en aquellos dispositivos que emergen del hacer colectivo y que promueven procesos de emancipación, reconocimiento y participación. Maritza Montero (2004) señala que los dispositivos comunitarios no solo organizan la acción, sino que actúan como mediadores entre el sufrimiento social y la producción de subjetividad, permitiendo resignificar experiencias marcadas por la exclusión o el silencio. Por su parte, Silvia Lane (1990) destaca cómo estos dispositivos son escenarios privilegiados para la expresión de lo simbólico y lo afectivo, donde las contradicciones sociales pueden ser nombradas, tramitadas y transformadas colectivamente.

Pensar la Casa Cultural como un dispositivo comunitario implica reconocer que no se trata solo de un contenedor de actividades, sino de una maquinaria viva que articula memorias, cuerpos, lenguajes, emociones, deseos y prácticas de cuidado. En su interior, se configuran posibilidades de subjetivación que escapan a las lógicas dominantes del individualismo, la medicalización o la fragmentación social. Se habilitan formas de vida que apuestan por lo común, por la escucha mutua, por la creación colectiva de sentido. Así, la Casa no solo aloja talleres: produce comunidad, promueve procesos de identificación barrial, repara vínculos, resiste al desarraigo y activa una pedagogía situada de la convivencia. Como dispositivo, encarna una apuesta política por el derecho a habitar el barrio desde la dignidad, el arte y la afectividad compartida.

8.2. Dispositivo de socialización y pertenencia

Uno de los pilares más potentes de este espacio es el de la socialización y la construcción de sentido de pertenencia. No se trata solo de compartir actividades, sino de generar la posibilidad de “estar con otros”, de sentirse parte, de saber que hay un lugar al que se puede volver. La construcción comunitaria no es un concepto abstracto: es algo que se vive y se siente cuando se habita un espacio donde las relaciones se tejen desde la horizontalidad, la escucha y el afecto. A modo de ejemplo, en la Práctica, acompañamos una jornada de funcionamiento simultáneo de una venta cooperativa, la cocina comunitaria y la planificación de actividades, el 10 de junio de 2023. Ahí percibimos cómo la casa favorece la socialización informal: participantes nuevos se sumaban a las tareas o simplemente compartían un mate, integrándose de forma natural a la dinámica del espacio, donde lo afectivo y lo organizativo se entrelazan.

Autores como Maritza Montero (1993) han remarcado cómo la participación activa en espacios colectivos no solo fortalece los lazos sociales, sino que potencia la capacidad de agencia de los sujetos, consolidando el sentido de comunidad y el empoderamiento desde lo cotidiano. En este sentido, los talleres de teatro, danza o música no solo funcionan

como espacios expresivos, sino también como prácticas concretas de inclusión, identidad compartida y fortalecimiento subjetivo.

La Casa Cultural de Ciudad Vieja, al ser un espacio libre y accesible, posibilita que quienes se acercan encuentren un lugar de acogida donde sus trayectorias son validadas y escuchadas. Allí se tejen redes afectivas que ayudan a enfrentar los desafíos diarios, disminuyendo sentimientos de aislamiento y ampliando las posibilidades de acción conjunta.

Durante el taller “La casa nos atrapa”, la técnica del ovillo permitió materializar el entramado de vínculos afectivos que sostienen el espacio. Cada palabra compartida (“gratitud”, “amistad”, “familia”) fue expresión de una subjetividad en relación, donde el bienestar no se entiende como algo individual, sino tejido con otros. La espera activa ante la falta de asistentes también encarnó una práctica de cuidado y respeto por los tiempos territoriales. También, el gesto de los que ya estaban participando de invitar a integrarse a quienes llegaban tarde al taller del 17/06 muestra también una práctica de hospitalidad comunitaria.

8.3. Dispositivo de expresión emocional y creatividad

Aspecto esencial que se activa en este tipo de espacios es el de la expresión emocional a través de lenguajes creativos. Las propuestas artísticas no son meramente recreativas: son formas de decir, de tramitar lo vivido, de encontrar nuevas maneras de significar lo que nos pasa.

Desde miradas latinoamericanas, de figuras como Ana María Fernández (2002) o Silvia Rivera Cusicanqui (2010), se destaca la necesidad de volver a lenguajes no racionalistas como una vía para generar conocimiento. El arte se posiciona como una fuerza capaz de provocar emociones, desafiar discursos prevalentes y gestar nuevas perspectivas de realidad.

Cuando alguien actúa, baila o pinta en un espacio de confianza, se abre a una experiencia que transforma no solo su mundo interno, sino también su forma de estar con los otros. Se habilita la expresión sin juicio, el reconocimiento de lo propio y la validación colectiva, todo lo cual impacta directamente en la autoestima, en la posibilidad de autoafirmación y en la elaboración simbólica de experiencias dolorosas.

El cierre de “La casa nos atrapa” con las huellas de manos durante el taller funcionó como una acción concreta de expresión simbólica colectiva. Además, la dinámica del collage abrió canales para decir lo que muchas veces no puede ser verbalizado. La participación en estas prácticas habilitó emociones intensas (como el llanto), reconociendo el valor terapéutico de lo creativo en clave comunitaria.

8.4. Dispositivo de resiliencia comunitaria e inclusión social

En un contexto social atravesado por la fragmentación, la Casa Cultural se vuelve un lugar que permite la inclusión desde lo afectivo, lo simbólico y lo organizativo. Personas con trayectorias marcadas por la exclusión encuentran en la casa un lugar donde reconstruir vínculos y agencia, como se evidenció en la emoción de los participantes al compartir su historia con el espacio, en un marco de escucha respetuosa. La resiliencia, esa habilidad colectiva de resistir y rehacerse frente a las adversidades, florece en la Casa Cultural. En una región marcada por desigualdades, la construcción conjunta de formas de cuidado y apoyo se convierte en una resistencia vital.

Pensadores como Fals Borda (2002) y Freire (1970) destacan el poder de los entornos que fusionan pensamiento crítico con participación activa. La Casa Cultural no se limita a ser un refugio; se convierte en un escenario que forja conocimientos compartidos, que potencia las comunidades y que desafía la exclusión. La naturaleza abierta y gratuita de este espacio favorece el acceso equitativo a la cultura y promueve la interacción y el reconocimiento entre individuos. La inclusión se vive como un proceso en constante evolución, enraizado en una ética de igualdad y justicia social.

A modo de ejemplo: frente a la incertidumbre inicial por la falta de asistentes al taller “La casa nos atrapa”, el grupo esperó activamente, comprendiendo los tiempos del territorio. Esta actitud resiliente se fortaleció cuando finalmente más de 20 personas participaron, incluyendo a quienes se fueron sumando espontáneamente, lo cual muestra la capacidad de inclusión y adaptación del espacio.

8.5. Dispositivo de identidad social y construcción colectiva

La identidad no es algo dado, sino una construcción dinámica que se fortalece en el encuentro con otros. En la Casa Cultural, esa identidad se trama en los gestos, en las palabras compartidas, en las experiencias que se entrelazan.

Tal como plantea Enrique Dussel (2000) en su crítica a las nociones eurocéntricas del sujeto, es en el vínculo con el otro donde el sujeto se reconoce y se constituye. En estos espacios comunitarios, esa alteridad se vuelve potencia: potencia de construcción colectiva, de memoria compartida y de afirmación de lo propio.

Cada actividad, cada espacio de encuentro, se convierte en una forma de reconstruir y resignificar lo que somos. Así, la Casa se vuelve también un lugar donde se narra la historia de un barrio, de una comunidad, de muchas vidas entrecruzadas.

Las respuestas a las preguntas durante el taller (“amistad”, “amor”, “familia”) señalaron cómo las personas construyen su identidad vinculada al espacio de la casa. La

apropiación colectiva del lugar quedó simbolizada en el collage final, en el que cada huella y palabra reafirmaba una identidad común construida colectivamente. Las acciones realizadas en grupo, como la gestión de redes sociales o la impresión de folletos, también son prácticas de construcción de un “nosotros”, donde cada rol tiene valor y sentido.

8.6. Dispositivo de promoción del bienestar psicológico

Más allá de intervenciones terapéuticas tradicionales, la casa promueve el bienestar a través del compartir cotidiano, el reconocimiento mutuo y el sentirse parte. Las actividades lúdicas, la alimentación colectiva y el movimiento (como la salida con la comparsa) son expresiones de un bienestar que se vive en lo común y en lo situado.

El bienestar emocional y subjetivo se potencia cuando las personas acceden al arte, al juego, al descanso, a la risa. El derecho al goce también forma parte de una vida digna, y eso es algo que muchas veces se olvida en contextos donde la supervivencia impone su lógica.

La psicología comunitaria latinoamericana nos invita a repensar la importancia de espacios de conexión para el bienestar mental. Autores como Spink (2003) y Tizón (2004) desafían la noción tradicional de salud como la simple falta de enfermedad, proponiendo en cambio una visión que resalta la capacidad de establecer vínculos, encontrar significado y vivir de forma plena en el mundo.

En este sentido, la Casa Cultural no solo es un espacio de contención o de expresión: es un lugar de vida, de alegría compartida, de creación de mundos posibles. Y eso, en sí mismo, es profundamente reparador.

Desde la formación en psicología, el abordaje en territorios como el de la Casa Cultural Ciudad Vieja interpela no solo los marcos teóricos, sino también las prácticas, los posicionamientos éticos y los modos de implicación profesional. A diferencia de otras instancias más estructuradas o clínicas, este tipo de espacios exige a quienes participan – especialmente a quienes se forman como psicólogos– un involucramiento activo, sensible y situado. La presencia en territorio desborda lo académico: es experiencia encarnada, que invita a repensar el rol profesional desde una perspectiva crítica, comprometida y horizontal.

La lógica del dispositivo comunitario no se ajusta a intervenciones lineales ni a diagnósticos estandarizados. Muy por el contrario, demanda una escucha atenta a los sentidos que circulan en lo cotidiano, a las narrativas locales, a las trayectorias vitales que configuran el entramado comunitario. La Casa, como escenario de múltiples entramados vinculares, se convierte en un lugar de aprendizaje constante, donde la mirada profesional se enriquece con la complejidad del lazo social y la coconstrucción de sentido.

En este marco, cada taller, cada encuentro, se transforma en una escena de lectura del contexto. Las emociones que se expresan, los cuerpos que bailan, las palabras que emergen, permiten una lectura profunda de lo social, de lo histórico, de lo afectivo. Como plantean los enfoques de la psicología de la liberación (Martín-Baró, 1998), se trata de “leer la realidad” desde el sufrimiento y las resistencias del pueblo. Participar de estos espacios no solo enriquece la práctica, sino que también problematiza la propia formación académica, muchas veces centrada en modelos alejados del contexto barrial y popular.

Desde esta perspectiva, la Casa Cultural no solo promueve el bienestar de quienes la habitan, sino que también habilita un terreno fértil para la formación crítica del psicólogo. Se generan instancias donde la teoría cobra sentido en la práctica, donde conceptos como subjetividad, identidad, empoderamiento o comunidad dejan de ser abstracciones para convertirse en elementos vivos de análisis y acción. Este tipo de experiencia obliga a salir del aula y encontrarse con los matices, los conflictos y las potencias que circulan en los territorios.

Asimismo, se vuelve central reconocer cómo estos dispositivos contribuyen a la transformación de las condiciones de vida. No son espacios neutros ni inocuos: habilitan procesos que disputan sentido frente a lógicas individualistas, mercantilizadas y patologizantes del sufrimiento. El arte, la palabra, la presencia mutua operan como formas de resistencia afectiva que permiten resignificar las vivencias, reconstruir proyectos y fortalecer redes de apoyo. Para el psicólogo comunitario, acompañar estos procesos es un acto ético y político.

En este sentido, lo comunitario no puede ser reducido a un conjunto de técnicas de intervención. Implica, más bien, una epistemología del vínculo, del reconocimiento y del compromiso con los sectores históricamente excluidos. Como señala Montero (2006), trabajar en comunidad implica asumir una postura de transformación social, donde la escucha activa, la coparticipación y la reflexividad son pilares del quehacer profesional.

La experiencia en la Casa Cultural también evidencia el poder transformador de lo grupal. La grupalidad, entendida no solo como suma de individualidades sino como espacio de construcción colectiva, se presenta como una herramienta central en la promoción de salud psicosocial. Allí, lo que una persona no puede elaborar sola, encuentra cauce y sostén en el vínculo con otros. Esta dimensión grupal, potenciada por lo artístico y lo expresivo, genera un tipo de contención y de significación que muchas veces no encuentra lugar en otros ámbitos institucionales.

Finalmente, es importante señalar las implicancias que este tipo de experiencia tiene para la construcción de ciudadanía y participación activa. Los dispositivos comunitarios como el de la Casa habilitan el ejercicio de derechos culturales, emocionales y sociales, que muchas veces son vulnerados en otros espacios. En este sentido se establece una

dimensión subjetiva del derecho que abarca el derecho a ser escuchado y expresarse adecuadamente; a participar activamente en la sociedad y a influir positivamente en la realidad circundante. Desde una perspectiva de formación profesional en psicológica estas vivencias permiten al futuro psicoanalista apreciar y respetar esa amplia esfera de derechos que trascienda lo meramente legal para adentrarse en el ámbito simbólico y emocional de la vida diaria.

Así, el trabajo en la Casa Cultural de Ciudad Vieja no solo aporta a la comunidad en términos de bienestar, integración e inclusión, sino que también constituye una herramienta pedagógica clave para la formación en psicología. Una pedagogía de la presencia, de lo sensible, de lo colectivo. Una pedagogía que invita a pensar la psicología no como aplicación de saberes técnicos, sino como práctica transformadora al servicio de lo común.

9. La identificación en clave comunitaria: experiencias desde la Casa Cultural Ciudad Vieja

La apropiación simbólica del espacio por parte de los participantes –como se vio en el entusiasmo por dejar su huella en el papelógrafo al cierre del taller–, habla de una identificación que va más allá del uso del lugar: se sienten parte de algo mayor. Esta identificación también se reflejó en el compromiso sostenido de referentes como Daniela, que asumió responsabilidades comunicacionales como forma de cuidado colectivo.

La psicología comunitaria se establece como una disciplina crítica, seleccionando y problematizando, de modo singular, los modos a través de los cuales las personas y los colectivos encuentran formas de someterse, y de estar contruidos subjetivamente; en el cuadro teórico del que hacemos parte, el concepto de “identificación” pasa a tener un valor fundamental para pensar cómo los sujetos se aceptan como parte de un todo, construyen pertenencia y se implican con el todo común. La experiencia de la Casa Cultural Ciudad Vieja, en Montevideo, ofrece un escenario privilegiado para explorar esta noción, ya que pone en juego prácticas que favorecen procesos de identificación colectivos y transformadores.

Desde la óptica de la psicología comunitaria, la identificación se entiende como ese proceso psicosocial que mediatiza la continuidad entre lo individual y lo colectivo, no solo a nivel de una adscripción subjetiva a un conjunto de pertenencias o atributos, sino también como una construcción histórica y relacional que se encuentra en las implicaciones habituales, en el hacer relación, en las inscripciones significativas en los lugares significativos (Montero, 2004). Lo que también confirma Martín-Baró (1996) al afirmar que la subjetividad no se puede pensar en aislamiento, sino que hay que pensarla como una

producción derivada de las formas sociales y de la participación activa con las que puede contar el sujeto para realizar transformaciones en ellas.

Así, la identificación implica una forma de anclaje subjetivo que se genera a partir de lo territorial, lo cultural, lo político, lo afectivo. Es una forma de posicionamiento que se gesta en la experiencia situada y en la posibilidad de narrarse como parte de una historia común.

Este método de reconocimiento es claro solo cuando se ve como una idea compartida dentro de un grupo, no solo un evento pasado o un área uniforme, sino como una creación construida en grupo, histórica y simbólica que ocurre en las conexiones cotidianas. Desde la psicología latinoamericana, la comunidad no es solo un grupo de personas en un espacio geográfico compartido, sino una red activa de relaciones, sentimientos, recuerdos, disputas y dedicaciones.

Maritza Montero (2004) afirma que el vecindario se establece como un lugar para construir identidades personales, participación activa y fuerza compartida. Es un escenario donde se articulan prácticas de resistencia, cuidado mutuo y transformación social. En esta línea, Silvia Lane (1990) propone pensar lo comunitario como el lugar donde se expresan las contradicciones del sistema social dominante, pero también como el espacio desde donde se pueden generar alternativas colectivas, sentidos nuevos y procesos de subjetivación que habiliten formas distintas de habitar el mundo.

La comunidad, entonces, no es solo una red funcional o un entorno de pertenencia, sino un horizonte político y ético. Es allí donde se producen significados compartidos, donde se ejerce el derecho a la palabra, donde se valora la experiencia situada y donde se construyen formas de vida no individualistas.

La experiencia de la Casa Cultural Ciudad Vieja da cuenta de esta perspectiva: allí la comunidad no se reduce a un público destinatario ni a una suma de participantes, sino que se constituye como sujeto colectivo en acto. Es un espacio donde se produce comunidad en tanto se habilita la circulación de la palabra, se sostiene la diferencia, se tramitan afectos y se construye historia común. En este sentido, lo comunitario no es solo un escenario para la identificación, sino el tejido mismo que la hace posible. La comunidad aparece como una apuesta, una construcción relacional que requiere trabajo, compromiso y cuidado constante frente a las lógicas de fragmentación impuestas por el sistema social.

9.1. Voces de la Casa: relatos que construyen pertenencia

Como parte del proceso de sistematización, se incorporaron testimonios recogidos durante la práctica de extensión realizada en la Casa Cultural Ciudad Vieja en el año 2022. Estas voces, que pertenecen a personas que participan activamente del espacio, no solo aportan contenido emotivo sino que encarnan formas concretas en las que se produce

identificación, pertenencia y sentido colectivo. A través de sus relatos emergen valores compartidos, afectos, trayectorias personales, vínculos significativos y modos de habitar lo común. Estos testimonios, cargados de autenticidad, resignifican cotidianamente la Casa como espacio simbólico, afectivo y político.

Durante el año 2023, cursé la práctica en ese espacio, retomando el recorrido de quienes participaron el año anterior. En ese cruce entre lo heredado y lo vivido se fue gestando este trabajo final, que busca recuperar, articular y analizar distintas experiencias implicadas en el proceso. A la luz del 2025, este TFG se inscribe como una apuesta por sistematizar esa práctica, reconociendo tanto los aportes del grupo anterior como las transformaciones actuales del colectivo.

El proyecto, en su presente configuración, también se ha transformado: algunas personas ya no participan de la Casa y otras nuevas se han sumado. Esta dinámica de cambio no solo impacta en lo organizativo, sino también en los sentidos que circulan, en los vínculos que se construyen y en los objetivos que hoy se priorizan. Así, el trabajo de este nuevo grupo de estudiantes se alimenta del proceso anterior, lo resignifica y se plantea nuevos horizontes, adecuados al presente colectivo y al nuevo encuentro entre Facultad de Psicología y territorio.

Las frases de **Diego** y **Carlos** reflejan con claridad la vivencia de la Casa como familia y proyecto de vida:

- **Diego** expresó:

“Esto para mí es mi vida, ¿qué querés que te diga? Yo crecí en este barrio, y para mí que hoy por hoy haya una casa cultural dice mucho. (...) La casa de la cultura nosotros no la queríamos para nosotros como comparsa, la queríamos para todo el barrio. (...) Yo me siento re orgulloso, desde lo personal, de ser parte de esta familia, porque esto no es una comparsa, es una familia.”

- **Carlos** señaló:

“Esto es una familia, es así como yo lo veo, desde mi punto de vista es así, no te digo que somos todos amigos porque eso no, pero sí somos buenos compañeros, tratamos todos de ayudarnos y preocuparnos, siempre mirando a los demás para ayudar, no para criticar ni nada. Es eso, y trabajando para que esto crezca.”

Las de **Micaela** y **Martín** subrayan la dimensión cotidiana, afectiva y voluntaria:

- **Micaela** contó:

“Es una segunda casa para mí, a veces paso más acá que en mi casa. Si vengo re temprano, y con Daniela nos vamos a las 11 o 12 de la noche, a veces más tarde.”

- **Martín** compartió:

“Todo esto es a voluntad, todo por amor al candombe. Me gustó el ambiente, la

gente, el toque y me quedé. Acá lo que tiene bueno es que la gente es familiar, hay amistad; esa cosa de 'bueno, ¿cómo andan?', esa calidad humana no la encontrás en todos lados.”

Las de **Miriam** y **Betty** ponen en primer plano el rol activo de las mujeres en la gestión y expresión comunitaria:

- **Miriam** dijo:
“La Casa es familia, es unión. Nuestra meta es tener ‘nuestra casa’. La casa cultural está para el que quiera venir a visitarla, alquilarla para cumpleaños o para dar charlas.”
- **Betty** definió a la Casa como:
“Mi cable a tierra, un espacio que comparto a diario.”
Además, participa en la comparsa y se encarga de realizar los sombreros, lo que evidencia una implicación activa en las actividades colectivas.

Omar resignifica el espacio desde el arte y la música, lo cual se articula con los apartados sobre creatividad e identidad:

- “Para él la pintura y la música es un estilo de vida en donde proyecta sus viajes, vivencias y sentimientos. Muchas de las obras de arte pintadas de la casa cultural, fue él quien las realizó.”
Su vínculo con la Casa se expresa también a través de un himno que compuso, resignificándola desde lo simbólico.

Por último, **las anécdotas que relatan varios integrantes** también pueden servir como ilustraciones de lo que significa *habitar* la Casa, construyendo memoria colectiva y vínculos compartidos:

- **Micaela**:
“En invierno lo que más me gusta son los guisos que hacemos, ponemos un poco entre todos, y nos mandamos un guiso. No es que son guisitos... ¡son tremendos guisos!”
- **Miriam**:
“Un día quedó uno de los muchachos encerrado y nos vinimos, y gritaba y golpeaba ‘¡estoy encerrado!’, y los de la pizzería se dieron cuenta y llamaron para que volvieran.”
- **Diego**:
“La anécdota que te puedo contar que me acuerdo fue la primera vez que quedamos clasificados [para las Llamadas]. Me ahogo porque me acuerdo y digo ‘Ta, se vio plasmado todo lo que veníamos trabajando’. Lo más grande que yo tuve, la felicidad más grande fue la primera clasificación.”

Estos relatos, además de ilustrar distintas dimensiones del lazo comunitario, confirman que la identificación no es un fenómeno individual, sino profundamente relacional y situado. Las personas no solo participan de un espacio: lo transforman y son transformadas por él. La Casa Cultural se vuelve, así, un lugar de vida, memoria, lucha, creatividad y afecto compartido.

9.2. La Casa Cultural como espacio de identificación

El uso simbólico de la red del ovillo, y el hecho de que Daniela retomara esa imagen más adelante, demuestra cómo los participantes se apropian afectivamente del espacio, identificándose con sus valores, sus prácticas y su forma horizontal de vincularse.

El testimonio de quienes han participado en experiencias teatrales o ensayos de comparsa muestra cómo el arte también actúa como un medio de identificación: me reconozco en el hacer con otros, me reconozco en este espacio como parte de mi historia. Este fenómeno se ve especialmente en quienes retornan semana a semana.

La experiencia de la Casa Cultural Ciudad Vieja, tal como es relatada por Blezio (2024), permite observar cómo un espacio comunitario puede habilitar procesos de identificación que fortalecen el lazo social. Desde la perspectiva de la psicología comunitaria, lo que allí ocurre no puede pensarse únicamente como una intervención social, sino como un proceso de co-construcción de subjetividad, donde se favorece la agencia, la autonomía y el ejercicio del derecho a la palabra.

Blezio sostiene que la intervención en la Casa se entiende como un “encuentro”, donde la escucha y la implicación con el otro son fundamentales. Esto resignifica la identificación no como un proceso impuesto o categorizante, sino como una construcción que se gesta en el diálogo, en la visibilización del saber del otro y en la posibilidad de ser reconocido como sujeto colectivo. En sus palabras, se busca “hacer un lugar a la palabra y al saber del otro” (Blezio, 2024, p. 64), lo que implica reconocer su capacidad de agencia y su valor como interlocutor válido.

Desde esta perspectiva, la identificación deja de ser un fenómeno estático para volverse una práctica viva, una experiencia que se renueva en cada encuentro. Es un proceso que se inscribe en el cuerpo, en el territorio y en las relaciones que allí se configuran.

9.3. Identificación y fortalecimiento del tejido social

Un aspecto central de la identificación comunitaria es su potencia para “fortalecer los lazos sociales” en contextos marcados por la fragmentación, el aislamiento o la exclusión.

En el caso de la Casa Cultural, los vínculos que se tejen entre sus integrantes y con los equipos universitarios permiten construir una narrativa compartida que da sentido al estar-juntos. En este entramado, la identificación no es solo pertenencia, sino también acción: es implicarse con el espacio, asumir un rol, participar de decisiones, cocrear saberes.

Como señala Weisz (2024), el lazo sociopsíquico se constituye como una trama donde lo subjetivo y lo social se entrelazan, generando posibilidades de transformación. En espacios como el de la Casa, el proceso de identificación puede funcionar como un dispositivo contrahegemónico que propicia una forma de existencia, de reconocimiento que escapa de los cánones individualistas o meritocráticos imperantes.

De este modo, la identificación hacia un espacio de sociabilidad podría, por tanto, ser situada en los términos de resistencia, resistencia al olvido, resistencia a la invisibilización, resistencia frente a la lógica de exclusión; pero a la vez, incluso podría también ser definible como la afirmación, la afirmación de la diversidad, la afirmación de la memoria colectiva, la afirmación de la capacidad creadora de las relaciones.

A modo de ejemplo, la incorporación espontánea de personas al taller “La casa casa nos atrapa” y su disposición a compartir vivencias refuerza la idea de que la Casa actúa como un nodo donde se entretajan relaciones sociales, afectivas y políticas, fortaleciendo el entramado comunitario del barrio. La dinámica del ovillo en el taller fue una metáfora literal del tejido social: una red visible en el centro de la ronda. Pero más allá de lo simbólico, los vínculos forjados en ese espacio dan lugar a redes reales de contención, cuidado e intercambio, como lo demuestra la circulación de roles, el trabajo colaborativo y el sentido compartido.

9.4. Implicaciones para la formación en psicología

La Casa Cultural también constituye un escenario de formación en el que estudiantes de psicología participan activamente, lo que permite pensar la identificación desde una doble dimensión: la de quienes habitan el espacio comunitario y la de quienes llegan desde la academia. Este encuentro genera un cruce de trayectorias que enriquece la práctica profesional, no solo por el contenido que se transmite, sino por el modo en que se construye la implicación subjetiva de los futuros profesionales.

La identificación, entonces, no es solo con el otro, sino también consigo mismo en tanto sujeto implicado. La experiencia de la Casa permite que los estudiantes se reconozcan como parte de una práctica colectiva, situada y transformadora. Como plantea Montero (2004), este tipo de procesos fortalece la conciencia crítica y el compromiso ético-político del psicólogo comunitario.

Pensar la identificación desde la psicología comunitaria implica reconocerla como un proceso dinámico, relacional y situado. La Casa Cultural Ciudad Vieja muestra cómo los espacios comunitarios pueden funcionar como matrices generadoras de identificación, promoviendo la participación, la implicación y la agencia subjetiva y colectiva. En tiempos de fragmentación social, estas experiencias cobran un valor fundamental para la reconstrucción del tejido social y la ampliación de derechos.

Este tipo de experiencias permite, además, tensionar ciertos modelos tradicionales de la psicología que tienden a interpretar la identidad desde marcos esencialistas, individualizantes o descontextualizados. Frente a eso, la identificación comunitaria pone en el centro la historicidad, la territorialidad y las condiciones materiales que atraviesan la producción subjetiva. El sujeto no es pensado como una entidad cerrada, sino como una construcción abierta, permeada por lo colectivo, por los afectos, por las luchas y por los vínculos. En la Casa Cultural, estas dimensiones no solo se evidencian, sino que se activan y se resignifican constantemente.

Participar de un espacio como este implica aceptar que la subjetividad es una trama, que se forma y se transforma en cada encuentro. Es comprender que los procesos de identificación pueden ser también formas de resistencia frente al borramiento simbólico de ciertas voces o experiencias. En este sentido, las prácticas comunitarias son también prácticas políticas: intervienen en la disputa por el sentido, por la memoria, por la visibilidad. Y esa dimensión política es inseparable de la tarea del psicólogo comunitario, cuyo rol no es solo acompañar o facilitar, sino también posicionarse críticamente frente a las condiciones que reproducen la exclusión y la desigualdad.

La Casa Cultural no produce identificación solo por lo que ofrece, sino por cómo lo ofrece. El modo en que se gestiona la horizontalidad, la construcción de confianza, la validación de saberes diversos, es clave para que las personas se sientan parte y reconozcan el espacio como propio. Esta apropiación simbólica y afectiva es el núcleo de la identificación comunitaria: ya no se trata de "asistir" a un lugar, sino de "ser" en ese lugar, de darle forma y dejarse transformar por él. Ese vaivén entre apropiación y transformación es lo que convierte a estos espacios en motores subjetivantes.

Desde una perspectiva formativa, este tipo de implicación transforma profundamente el modo de comprender la práctica profesional. La identificación con la experiencia comunitaria, con los vínculos que se generan y con los procesos colectivos, desestabiliza modelos hegemónicos centrados en la neutralidad o la distancia profesional. Por el contrario, invita a pensar una práctica implicada, situada, sensible, donde el profesional también se deja afectar, se reconoce en relación, y desde allí, actúa.

Esta perspectiva recupera el valor de la reflexividad como dimensión constitutiva del quehacer en psicología comunitaria. Reflexividad no solo en términos metodológicos, sino

también éticos y políticos. ¿Qué lugar ocupo en este espacio? ¿Cómo me implica lo que ocurre aquí? ¿Qué saberes traigo y cuáles estoy construyendo con otros? Estas preguntas emergen en la práctica y requieren ser trabajadas colectivamente, como parte de una formación crítica que no se reduce a la técnica.

A su vez, reconocer el carácter dinámico y situado de la identificación implica también aceptar su fragilidad, su inestabilidad. La pertenencia no está asegurada de antemano, ni se sostiene sola: requiere cuidado, trabajo constante, reapropiación. Y en esa fragilidad radica también su potencia, porque habilita el movimiento, la reinención, la apertura a nuevas formas de estar y de ser con otros. Los espacios comunitarios, como la Casa Cultural, son escenarios vivos donde las subjetividades se ensayan, se prueban, se reconstruyen.

Por todo esto, la identificación en clave comunitaria no puede pensarse solo como un fenómeno a observar, sino como una experiencia a habitar. Para quienes se forman en psicología, implica salir de los lugares seguros del saber académico y entrar en contacto con realidades que demandan sensibilidad, compromiso y apertura. Implica, también, construir un posicionamiento que valore la dimensión colectiva de la subjetividad y que reconozca en los vínculos comunitarios una fuente legítima de conocimiento, de transformación y de reparación.

En definitiva, la Casa Cultural Ciudad Vieja nos enseña que la identificación no se impone ni se decreta: se construye en el vínculo, en la práctica compartida, en el reconocimiento mutuo. Se hace posible cuando hay escucha, cuando hay presencia, cuando hay historia común. Y es ahí, en esa experiencia situada y colectiva, donde la psicología comunitaria encuentra uno de sus desafíos y a la vez, una de sus mayores potencias. Participar de estas experiencias permitió repensar la función del psicólogo/a más allá de los marcos clínicos tradicionales. Implicarse en tareas como la gestión de redes o la facilitación de talleres obliga a desarrollar una escucha sensible al territorio, habilidades de coordinación y trabajo colectivo, así como una reflexión ética sobre el rol profesional.

10. Sentido de pertenencia y psicología comunitaria: vínculos significativos desde la Casa Cultural Ciudad Vieja

La repetición en la asistencia, el deseo de colaborar y la participación activa en los talleres reflejan un fuerte sentido de pertenencia. Este sentimiento se vuelve motor para sostener el espacio, y se conecta con los principios de la psicología comunitaria que prioriza los vínculos y el compromiso con la transformación social.

El “sentido de pertenencia” constituye una noción fundamental para la psicología comunitaria, dado que remite a uno de los principales pilares de la noción de bienestar subjetivo, de bienestar colectivo: poder reconocerse como parte de un entramado social, recibiendo un sentido de acogida, de ser valorado, convocados a participar de espacios compartidos. Bien lejos de representar una categoría puramente emocional, la pertenencia deviene una de las dimensiones psicosociales central en la gestión de la comunidad, la identidad, la subjetividad. En este marco, la experiencia de Casa Cultural Ciudad Vieja pone a disposición una oportunidad valiosa para explorar cómo se genera el sentido de pertenencia en contextos de intervención comunitaria, así como se convierte en una fuerza movilizadora de las relaciones sociales.

Desde la psicología comunitaria, el sentido de pertenencia puede leerse como un proceso abierto y relacional que se construye en las interacciones con los otros, en las participaciones en espacios compartidos y en el reconocimiento mutuo. No es un mero sentimiento individual, sino que es en la práctica un proceso de construcción social situado que implica vínculos recíprocos, afecto, compromiso, reconocimiento de la persona (Montero, 2004). Se articula con procesos de identidad, de participación política o de agencia subjetiva. Implica una inscripción simbólica en un espacio que habilita al sujeto a reconocerse en los otros y en la historia que se comparte.

10.1. La Casa Cultural como espacio de anclaje identitario

En contextos de precariedad o desarraigo, la Casa funciona como un punto de referencia. Quienes participan encuentran allí una constancia, un lugar donde son vistos, escuchados y valorados. El hecho de que personas se emocionen al contar su vínculo con la Casa revela cómo este espacio opera como ancla subjetiva y comunitaria.

El texto de Blezio (2024) permite identificar cómo la Casa Cultural Ciudad Vieja opera como un espacio generador de sentido de pertenencia para quienes la habitan. Este espacio, concebido como “escenario de intervención” y “encuentro” entre actores sociales diversos (p. 64), facilita los procesos de participación e identificación simbólica que son fundamentales para fomentar el sentimiento de pertenencia.

Al fomentarse la creación de un grupo que valora la escucha activa y la colaboración en la construcción del conocimiento se logra un ambiente donde se reconocen los lazos comunes entre las personas y se aprecian sus experiencias y trayectorias individuales. Blezio plantea que se busca “hacer un lugar a la palabra y al saber del otro” (p. 64), lo que genera un clima de reconocimiento necesario para el arraigo y la afirmación subjetiva.

En este sentido, la Casa no es solo un lugar físico, sino un territorio simbólico donde se anudan trayectorias individuales con historias colectivas. Es un espacio que habilita la

participación activa, la elaboración de memorias compartidas y el fortalecimiento del tejido comunitario.

10.2. La pertenencia como construcción colectiva

Uno de los aportes centrales de la psicología comunitaria es concebir el sentido de pertenencia como una “construcción colectiva”, no como una experiencia individual. La pertenencia se produce cuando el sujeto se implica, participa, encuentra sentido en lo que hace y se siente reconocido por sus pares. Así, el vínculo con el lugar se transforma en vínculo con los otros, y la identidad personal se entrelaza con la identidad comunitaria. La pertenencia no está dada, se construye en el hacer con otros.

La Casa Cultural posibilita este proceso a través de prácticas sostenidas en el tiempo que promueven el ejercicio del derecho a la palabra, el reconocimiento de las diversidades y el fortalecimiento de lazos cooperativos. Como señala Weisz (2024), el lazo sociopsíquico se configura en la relación entre lo singular y lo colectivo, permitiendo que el sujeto se reconozca como parte activa de un entramado que lo contiene y lo trasciende. Desde preparar pizzas hasta armar un collage, cada acción compartida refuerza esa pertenencia que no es propiedad sino participación activa. La posibilidad de dejar huella, de decidir, de crear, es clave en esta construcción.

En este proceso, el sentido de pertenencia se convierte también en un recurso de resistencia. En contextos de fragmentación, desigualdad o exclusión social, pertenecer a un colectivo implica disputar sentidos, visibilizar experiencias, defender espacios. En palabras de Telles (2018), el lazo social puede ser la vía para la politización de lo cotidiano y la afirmación de modos de vida alternativos al modelo individualista dominante.

10.3. Subjetividad, vínculo y formación

Las experiencias vividas durante la práctica invitan a repensar la subjetividad no como algo individual, sino como un proceso que se da en relación.

El trabajo en la Casa también es escenario de formación para estudiantes de psicología, quienes, al participar de esta experiencia, desarrollan un tipo de saber que se ancla en la práctica situada y en la implicación subjetiva. El sentido de pertenencia no solo se observa en quienes asisten a la Casa desde el barrio, sino también en quienes llegan desde la universidad y se integran a través del vínculo y el compromiso. Desde esta perspectiva, el sentido de pertenencia se vuelve doblemente formativo: transforma tanto al colectivo como al sujeto que se implica. Montero (2004) afirma que este tipo de experiencias favorece la construcción de ciudadanía activa y conciencia crítica, ya que permiten a los

actores reconocerse como parte de una trama más amplia que los interpela y los transforma.

El sentido de pertenencia es una dimensión fundamental para pensar la subjetividad, la comunidad y la transformación social desde la psicología comunitaria. En la experiencia de la Casa Cultural Ciudad Vieja se manifiestan múltiples procesos que lo hacen posible: la escucha activa, la participación real, el reconocimiento del otro, la historia compartida y el ejercicio del derecho a estar y ser parte. Pertenecer no es solo ocupar un lugar, sino hacer de ese lugar un espacio propio y común, donde lo singular se entreteje con lo colectivo y lo político con lo afectivo.

Este entramado de relaciones y prácticas colectivas produce una forma de subjetivación situada que no puede pensarse escindida del territorio ni de la historia social del espacio. En el caso de la Casa Cultural, el sentido de pertenencia se configura no como una adhesión pasiva, sino como una experiencia activa de inscripción, de coconstrucción cotidiana del lugar y del lazo con los otros. Este carácter procesual y transformador es el que permite afirmar que la pertenencia, lejos de ser una condición previa, se produce en el hacer conjunto, en la repetición de gestos solidarios, en el reconocimiento de la presencia del otro como significativa.

Desde esta perspectiva, el sentido de pertenencia adquiere una dimensión política fundamental: implica tomar posición frente al mundo, frente a las condiciones de desigualdad que afectan la posibilidad misma de pertenecer. Así, el sujeto no solo se siente parte, sino que lucha por sostener ese lugar, por defenderlo de las lógicas que lo expulsan o lo invisibilizan. La Casa Cultural, en tanto dispositivo comunitario, habilita esa lucha cotidiana a través de prácticas que otorgan centralidad al vínculo, a la escucha, a la participación efectiva. No se trata únicamente de estar, sino de poder ser, en un sentido profundo y compartido.

Esta producción colectiva del sentido de pertenencia interpela también a las formas tradicionales de intervención psicológica. Ya no se trata de aplicar técnicas sobre sujetos individuales, sino de construir procesos que fortalezcan lazos, que promuevan la implicación y que reconozcan el valor político de las relaciones comunitarias. En este marco, la tarea del psicólogo comunitario exige una sensibilidad particular hacia los vínculos, una disposición a leer lo subjetivo como entramado y a actuar desde la escucha y el compromiso ético.

El trabajo formativo en la Casa permite a los estudiantes de psicología vivenciar esta lógica. Al insertarse en un espacio que no es neutro ni abstracto sino cargado de historia, afectos y luchas, los futuros profesionales son interpelados a repensar su rol, sus saberes, sus modos de intervención. El sentido de pertenencia que se va construyendo no solo les permite reconocerse como parte de una comunidad de práctica, sino también revisar

críticamente las concepciones de profesionalidad que han recibido en su formación académica.

Esto implica aprender a habitar la incertidumbre, a sostener procesos donde los tiempos no están predeterminados y donde el conocimiento se construye con otros, desde la experiencia situada. El vínculo que se genera con el espacio comunitario y con las personas que lo habitan permite experimentar la pertenencia como algo que transforma, que conmueve, que interpela. Es una experiencia de formación ética tanto como profesional, en tanto invita a comprometerse con los otros desde una posición de cuidado y de responsabilidad compartida.

Además, la Casa como espacio formativo promueve una mirada crítica sobre el bienestar y la salud, que no se limita al estado individual, sino que se piensa como construcción colectiva. La pertenencia, en este sentido, se vincula con la posibilidad de contar con un lugar donde se puede ser reconocido, donde se habilita la palabra, donde se legitiman saberes que muchas veces han sido negados. Es en este reconocimiento mutuo donde se juega gran parte de la potencia subjetivante del proceso.

En un contexto social marcado por la fragmentación y el individualismo, la posibilidad de construir pertenencia desde un espacio comunitario representa una apuesta por lo común, por la memoria compartida, por la construcción de futuro. La Casa Cultural encarna esta apuesta y la sostiene cotidianamente a través de prácticas que afirman la vida en común como valor. Desde la psicología comunitaria, recuperar, sostener y fortalecer estos espacios es también asumir el compromiso de construir una sociedad más justa, más democrática, más habitable.

Esta experiencia afectiva en la Casa Cultural también habilitó un proceso transferencial que impactó directamente en mi formación. Desde la psicología comunitaria crítica, se reconoce que toda práctica situada en territorio está atravesada por la implicación del sujeto que interviene (Montero, 2004). En mi caso, la transferencia no fue obstáculo, sino fuente de sentido: me permitió identificarme con el colectivo, sentirme parte, comprender desde adentro lo que significaba pertenecer a ese entramado comunitario. Tal como señala Martín-Baró (1996), no se trata de sostener una supuesta neutralidad profesional, sino de dejarse afectar éticamente por el encuentro con los otros. Así, lo transferencial se volvió una vía de aprendizaje encarnado, que resignificó mi rol como estudiante y mi modo de pensar la práctica psicológica. Lejos de reducirse a una vivencia personal, se transformó en un insumo clave para repensar los modos en que se produce conocimiento en comunidad: con otros, desde el afecto, desde el compromiso y también desde la duda. A la luz del 2025, mientras finalizo este trabajo, observo que el colectivo también ha cambiado: algunas personas se han ido y otras nuevas llegan. No sabemos del todo los motivos, y eso queda como una pregunta abierta, que interpela los procesos

grupales, los vínculos y las trayectorias personales. Esta transformación, aunque genera cierta incertidumbre, también da cuenta del carácter vivo y dinámico de lo colectivo, que no se cristaliza, sino que se reconfigura en el tiempo. En este sentido, el cambio en la composición del grupo deja entrever una dimensión inevitable de los procesos comunitarios: su transitoriedad. Lejos de entenderla como falla o pérdida, puede pensarse como parte de su potencia. Las salidas y llegadas de personas abren nuevas posibilidades de sentidos, tensiones, vínculos y modos de habitar el espacio compartido. Sin embargo, también movilizan afectivamente: ¿qué queda cuando alguien se va? ¿Cómo se sostiene la continuidad en la discontinuidad? Estas preguntas, más que buscar respuestas cerradas, invitan a pensar lo comunitario como un entramado que se rehace una y otra vez, en función de quienes lo integran.

Desde mi lugar como estudiante en proceso de formación, esta vivencia me enfrentó con la complejidad de lo colectivo: no hay garantías ni estructuras fijas, sino una apuesta constante al encuentro, a la construcción de confianza, y a sostener los lazos aun en la incertidumbre. El hecho de no saber los motivos de algunas partidas, o de no haber podido conversar sobre ello, deja también huellas. Aparece lo no dicho, lo que queda en suspenso, como parte constitutiva del lazo social. Esto mismo, en lugar de cerrarse como un déficit, puede pensarse como material para la reflexión crítica: ¿cómo se tramitan los duelos en los colectivos? ¿Qué espacios existen –o faltan– para alojar esas transiciones?

Así, lo afectivo no solo marcó mi implicación inicial, sino también este tramo final del proceso, donde me reconozco habitando un colectivo en transformación. Esta inestabilidad, lejos de diluir la experiencia, me permite pensar con mayor profundidad lo que significa construir con otros en territorio, reconociendo que lo común se produce en movimiento, con presencias, con ausencias, y con preguntas que siguen abiertas.

11. Reflexiones finales

La experiencia en la Casa Cultural Ciudad Vieja permitió visibilizar de forma concreta cómo los dispositivos comunitarios inciden en la producción de subjetividad, fortalecen los vínculos sociales y promueven formas de bienestar situadas. Lejos de ser un espacio neutral o asistencial, la Casa se constituyó como un territorio simbólico y afectivo donde lo cotidiano se volvió escenario de transformación. Cada encuentro, cada taller, cada gesto compartido puso en juego la posibilidad de ser con otros, de habitar lo común, de producir sentido desde el lazo.

A lo largo del trabajo, se ha analizado cómo el dispositivo cultural habilita procesos de identificación que fortalecen la pertenencia, el reconocimiento mutuo y la agencia

colectiva. La identificación no se impuso desde una lógica institucional, sino que emergió en el hacer compartido, en el reconocimiento del otro como legítimo interlocutor, en la construcción de una historia común. En este sentido, la Casa no fue solamente un espacio de prácticas artísticas o recreativas, sino un lugar donde se produjeron subjetividades, se habilitaron voces y se tejieron relatos compartidos.

Desde la psicología comunitaria, esta experiencia permitió repensar el rol profesional más allá de la intervención técnica, en diálogo con el territorio, los afectos y las narrativas locales. La formación en contexto comunitario exigió una implicación situada, una escucha atenta y una apertura constante a lo que se pone en juego en el vínculo. El trabajo no fue únicamente una práctica académica, sino una experiencia ética que desafió marcos teóricos, habilitó nuevas preguntas y promovió una mirada más crítica sobre la profesión.

Así, la Casa Cultural Ciudad Vieja funcionó también como un espacio formativo clave, donde lo colectivo, lo expresivo y lo político se entrelazaron con lo subjetivo y lo profesional. Se evidenció que los procesos de pertenencia y de identificación son condiciones para la salud comunitaria, y que el trabajo del psicólogo se vuelve verdaderamente transformador cuando se posiciona desde la escucha, el compromiso y la co-construcción.

En definitiva, la sistematización realizada permitió no solo comprender la relevancia del dispositivo en la vida barrial, sino también reconocer su potencial como herramienta para pensar la psicología en clave comunitaria. Una psicología que no se limita a interpretar, sino que se deja afectar, que se implica y que apuesta por prácticas que habiliten mundos más habitables, justos y sensibles.

12. Referencias bibliográficas

- Blezio, C. (2024). El encuentro entre la Facultad de Psicología y la Casa Cultural Ciudad Vieja. Profundizando lazos. En S. de Tezanos & V. Masse (Eds.). *2do Documento de Trabajo del Programa Lazo Sociopsíquico Contemporáneo* (pp. 64-73). Instituto de Fundamentos y Métodos, Facultad de Psicología, Universidad de la República.
- Blezio, C. (2025). *Guía del Proyecto Casa Cultural Ciudad Vieja*. Recuperado el 29 de marzo de 2025, de <https://sifp.psico.edu.uy/print/60332445>
- Bernal-Pedraza, A. Y., & Licon-Calpe, W. M. (2020). Casas de cultura en Colombia: Centros vitales de expresión cultural. *Investigación Administrativa*, 49(125), 12506. <https://doi.org/10.35426/iav49n125.06>
- Casa Cultural Ciudad Vieja (s.f.). *Sobre nosotros*. Recuperado el 24 de febrero de 2025, de <https://casaculturalciudad8.wixsite.com/casa-cultural-ciudad/blank-1>

- Casa Cultural de Ciudad Vieja (2023a). *El proyecto Casa Cultural Ciudad Vieja (capítulo I)* [video]. YouTube. <https://youtu.be/avzW9JWcTA8?si=61jW9E9CrpUZLkDN>
- Casa Cultural de Ciudad Vieja (2023b). *El proyecto Casa Cultural Ciudad Vieja (capítulo II)* [video]. YouTube. https://youtu.be/Deuy4eH_jCU?si=TGTMnLVMNnEMdTAE
- Dirección de Planificación y Seguimiento de Gestión de la Unidad de Gabinete de Asesores (2023). *Puntos de Cultura: Caracterización de las organizaciones beneficiarias 2011-2021*. Ministerio de Educación y Cultura.
- Dussel, E. (2000). *El encubrimiento del otro: Hacia el origen del mito de la modernidad*. Siglo XXI.
- Embajada de México en Italia. (2024). *Aspectos culturales de México*. Secretaría de Relaciones Exteriores. Recuperado el 27 de marzo de 2025, de <https://embamex.sre.gob.mx/italia/index.php/es/menu-cultura/aspectos-culturales-de-mexico>
- Entrevista. (2024). *Testimonio sobre un día en la Casa Cultural Ciudad Vieja* [Entrevista no publicada].
- Fals Borda, O. (2002). *Investigación-acción participativa: La praxis de la acción colectiva*. Editorial Norma.
- Fernández, A. M. (2002). *La psicología social en América Latina: Una mirada crítica*. Paidós.
- Foucault, M. (1990). *El sujeto y el poder*. En L. Dreyfus & P. Rabinow (Eds.), *Michel Foucault: Más allá del estructuralismo y la hermenéutica* (pp. 229–249). Universidad Nacional Autónoma de México. (Trabajo original publicado en 1982).
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía de la esperanza: Un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- García, M. D. (2015, diciembre). Casas de cultura: ¿Un modelo obsoleto? *CIRCA. Revista de la Facultad de Antropología*, 1(4). Universidad Veracruzana. Recuperado de https://www.uv.mx/opc/files/2015/12/circa_4-dic_2015.pdf
- Haraway, D. J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza* (M. P. Casado, Trad.). Cátedra.
- Intendencia de Montevideo. (s.f.). *Centros culturales y educativos*. Recuperado el 24 de febrero de 2025, de <https://montevideo.gub.uy/areas-tematicas/educacion-y-formacion/centros-culturales-y-educativos>
- Jara, O. (2015). Sistematización de experiencias: Una instancia colectiva de construcción del saber pedagógico. *Revista Docencia*, 55, 35.

- Lane, S. T. M. (1990). *Subjetividad y praxis*. Psicología desde América Latina.
- Martín-Baró, I. (1996). El papel del psicólogo en el contexto centroamericano. En A. Blanco & E. Martín-Baró (Eds.), *Psicología social de la guerra* (pp. 79-95). UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (1998). *Psicología de la liberación*. Madrid: Trotta.
- Martín-Baró, I. (1984). *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. UCA Editores.
- Ministerio de Desarrollo Social. (s.f.). *Casa de la Cultura*. Recuperado el 24 de febrero de 2025, de <https://www.gub.uy/ministerio-desarrollo-social/node/9174>
- Ministerio de Educación y Cultura. (s.f.). *Centros Culturales Nacionales*. Recuperado el 24 de febrero de 2025, de <https://www.gub.uy/ministerio-educacion-cultura/politicas-y-gestion/centros-culturales-nacionales>
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Buenos Aires: Paidós.
- Montero, M. (2006). *Hacer para transformar. El método en la psicología comunitaria*. Buenos Aires: Paidós
- Montero, M. (1993). *Psicología comunitaria: Teoría, investigación y práctica*. Madrid: Morata.
- Pereira, Daniela (2025). *Sobre la Casa Cultural Ciudad Vieja* [entrevista realizada por Carolina Olivera en abril de 2025]. Inédita.
- Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Suma qamaña: La vivencia de las culturas originarias*. Ediciones Tinku.
- Santini, A. (2015). *Ibercultura Viva. Cultura Viva y la construcción de un repertorio común para las políticas culturales en América Latina*. Recuperado de <http://iberculturaviva.org/cultura-viva-e-a-construcao-de-um-repertorio-comum-para-as-politicas-culturais-na-america-latina/?lang=es>
- Secretaría de Cultura de la Nación. (2018). *Puntos de Cultura*. Recuperado el 9 de septiembre de 2018, de <https://www.cultura.gob.ar/institucional/programas/puntos-de-cultura/>
- Spink, M. J. (2003). *La psicología comunitaria en América Latina: Bases para la intervención social*. Paidós.
- Telles, A. (2018). *La inquietud por lo común, por la insistencia en las prácticas libertarias*. Recuperado de <https://epensamiento.com/?p=1250>
- Tizón, H. (2004). *Bienestar, salud y comunidad: Una visión desde la psicología social*. Editorial Universidad Nacional de San Luis.
- Weisz, C. B. (2024). Problemáticas actuales del lazo sociopsíquico: Transformaciones en los habitus y los imaginarios psicosociales en la sociedad montevideana. En S. de Tezanos & V. Masse (Eds.), *2do Documento de Trabajo del Programa Lazo*

Sociopsíquico Contemporáneo (pp. 56-63). Instituto de Fundamentos y Métodos,
Facultad de Psicología, Universidad de la República.

13. Anexo

Hoja de Información para Participantes

Título del trabajo final de grado: *La importancia de la Casa Cultural de Ciudad Vieja en la comunidad barrial*

Institución: Facultad de Psicología - Universidad de la República

Nombre del/a estudiante responsable: Carolina Victoria Olivera Villafañe

Correo electrónico de contacto: carolina2611@vera.com.uy

Te invitamos a participar en una entrevista en el marco de un Trabajo Final de Grado (TFG) de la carrera de Psicología. El objetivo de este trabajo es la sistematización de experiencias y Actividades de Extensión en el Contexto de la Casa Cultural Ciudad Vieja, centrándose en su papel en la construcción y fortalecimiento del sentido de pertenencia y las identificaciones de los participantes de la comunidad del barrio. Considerando las intervenciones llevadas a cabo en este espacio, pretendemos describir y analizar el lazo social, las dinámicas colectivas y los procesos de integración comunitaria que ocurren alrededor de este lugar.

Elaborar la tesis también incluye la recolección y sistematización de las actividades y experiencias de los programas de la Casa Cultural, explorando la percepción de estas actividades en la vida social y cultural de su comunidad. Esta sistematización permite definir las contribuciones de este espacio, que está especializado en el encuentro y el intercambio de ideas desde perspectivas críticas en sus prácticas y resultados.

Esta entrevista busca recabar tus experiencias, opiniones o reflexiones sobre la Casa Cultural Ciudad Vieja.

Se tomará no solo la información brindada en la entrevista sino también la de la serie de entrevistas grabadas en el marco de la práctica de psicología "Casa Cultural Ciudad Vieja" de carácter público presente en la web de la casa cultural.

Toda la información será utilizada exclusivamente para fines académicos.

Tu participación es completamente voluntaria. Podés decidir no participar sin necesidad de dar explicaciones.

En caso de generar alguna incomodidad, podés contactarte posteriormente con la estudiante responsable para cualquier aclaración o inquietud.

Consentimiento Informado

Declaro que:

- He leído la hoja de información y comprendo el propósito de esta entrevista.
- Comprendo que mi participación es voluntaria y que puedo retirarme en cualquier momento sin consecuencias.
- Acepto que la entrevista sea [grabada / registrada mediante notas].
- Entiendo que mis respuestas serán tratadas de forma anónima y confidencial.
- He tenido oportunidad de hacer preguntas y recibí respuestas satisfactorias.

Fecha: 23/4/25 Lugar: Monterideo
Firma del/la participante: [Firma]
Aclaración de firma: SILVIA DANICIA PEREIRA
Firma del/la estudiante responsable: [Firma]
Aclaración de firma: Carolina Olivera